

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre.* — Ruiz, editor. Madrid, año 1911. (Agotado.)
- La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la Clínica.* — Corona, editor. Madrid, 1915. (Agotado.)
- Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición.* — Tres ediciones: 1914, 1916 y 1920. Ruiz, editor. Madrid. (Agotado.)
- Nuevas orientaciones sobre la patogenia y el tratamiento de la diabetes insípida.* — Calleja, editor. Madrid, 1920.
- Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas.* — Ruiz, editor. Madrid, 1922.
- La edad crítica.* — Ruiz, editor. 2.ª edición. Madrid, 1925.
- Manual de medicina interna*, dirigido, en unión de T. Hernando. — Ruiz, editor. Madrid. (En publicación y reimpresión.)
- Tres ensayos sobre la vida sexual.* — Biblioteca Nueva, editor. Madrid. 5.ª edición, con un prólogo de R. Pérez de Ayala, 1929.
- Gordos y flacos.* — Cuadernos de Ciencia y Cultura, editor. Madrid. 2.ª edición, 1928.
- El problema de la febrícula.* — Ruiz, editor. Madrid, 1927.
- Bocio y cretinismo. Estudios sobre la epidemiología y la patogenia de esta enfermedad.* — Páez, editor. Madrid, 1927.
- El Empeinado visto por un inglés.* — Traducción y prólogo de G. Marañón. Ruiz, editor. Madrid, año 1927.
- Ueber das Geschlechtsleben; mit eine Einführung vom Gral. H. Keyserling.* — Kampmann, editor. Heidelberg, 1928.
- Det sexuelle Livet.* — Wahlstrom-Waldstad, editor. Stockholm, 1929.
- The Climateric (The Critical Age).* — Mosby, editor. St. Louis, 1929.
- Anuario del Servicio de Patología Médica del Hospital General.* — Años 1 (1925-26), 11 (1926-27), y 111 (1927-28).
- El problema social de la infección.* — Compañía Iberoamericana de Publicaciones, editor. Madrid, año 1929.
- Manual de las enfermedades del tiroides.* — Marín, editor. Barcelona, 1929.
- Los accidentes graves de la enfermedad de Addison.* — Morata, editor. Madrid, 1929.
- Amor, conveniencia y eugenesia.* — Historia Nueva, editor. Madrid. 2.ª edición, 1930.
- Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo.* — Compañía Iberoamericana de Publicaciones, editor. Madrid, 1930.

EN PREPARACIÓN

- El mito de Don Juan.*
- Manual del diagnóstico clínico.*
- Tratado de endocrinología.*
- Esquema de la patología médica.*
- Las hiperglucemias aglucosúricas.*
- Las ideas médicas del Padre Feijóo.*
- Tratamiento de la diabetes* (en colaboración con el Dr. Izquierdo).
- Anuario del Servicio de Patología Médica.* 1V (1928-29).
- Los trastornos del crecimiento.*
- La neurosis sexual masculina.*

G. MARAÑÓN

LA EVOLUCIÓN DE LA SEXUALIDAD

Y

LOS ESTADOS INTERSEXUALES

SEGUNDA EDICIÓN



M C M X X X
JAVIER MORATA, EDITOR
MADRID

Primera edición, 1929.

Segunda edición, 1930.

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1930 BY
JAVIER MORATA
EDITOR * MADRID

IMPRESO EN ESPAÑA

Tipografía Artística. * Cervantes, 28. * Madrid.

A
*La Sociedad Hispanocubana
de Cultura.*

A
mis amigos de Cuba.

553625

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

I

EN el prólogo de la edición segunda de un libro de ciencia, justamente famoso, leí hace tiempo estas palabras que no he olvidado: «Aunque mis ideas hayan cambiado en varios de los puntos desarrollados en este volumen, he preferido no tocarlas; porque un libro tiene, desde que nace, una personalidad, y es necesario respetarla».

¿Es esto exacto? He pensado en ello muchas veces. Tal vez los libros puramente literarios deban quedar fijados perdurablemente en el molde en que nacieron. Mas el libro de ciencia, decididamente, no. Es cierto que tiene una personalidad. Pero la personalidad en biología no es, precisamente, un valor fijo, sino que está sujeto a tránsitos sucesivos, por su propia virtualidad evolutiva y por la acción modificadora del medio. Y lo mismo que con la personalidad de los hombres ocurre con la de las obras científicas. Un sistema científico debe estar en perenne transformación mientras su autor viva y no se desinterese de su obra.

La verdad biológica es, rara vez, una verdad completa y estable, sino fragmentaria y provisional. Da, casi siempre, la impresión de un trozo del objeto enterrado, que el arqueólogo va extrayendo de la tierra. En ocasiones, es preciso contentarse con un solo fragmento y reconstruir sobre él, con líneas hipotéticas, el objeto entero. Y aun el objeto entero puede no ser, a su vez, sino el eslabón de una serie de otros muchos; a veces el indicio, por donde poco a poco se llega a descubrir toda una vasta ciudad enterrada.

Es, pues, arbitrario en nuestra ciencia — como lo sería en un excavador — el considerar cada hallazgo, grande o pequeño, como

el fin de la verdad. Otras nuevas esperan siempre para completar a la inicial. Y todas son susceptibles de cambios profundos en su estructura y en su sentido, por virtud de su propia madurez y por el influjo de las verdades vecinas.

II

Tal ha ocurrido con este libro. Meditado y preparado durante largos años como un estudio sobre la *intersexualidad humana*, después de publicado y sometido a la crítica — a la de los otros y a la mía — he echado de ver que lo esencial en él no era la aportación de la casuística intersexual, sino la visión que de estos datos surgía acerca del problema general de la sexualidad y su cronología. A la luz de los conocimientos sobre los estados intersexuales, se ve bien, en efecto, que el sexo de cada individuo, aun del normal, es un sexo doble; y cada uno de los dos sexos que lo forman, evoluciona por separado, con una cronología típica y poco variable. La cantidad de interpretaciones útiles para el conocimiento de la sexualidad fisiológica y patológica, que se deduce de estos postulados, es como se comprende — y se verá en el texto — incalculable.

En suma: lo que primitivamente era sólo la conclusión final de un sistema de observaciones, pasa a ser el corazón del libro.

He aquí por qué esta nueva edición tiene una estructura distinta; y hasta ostenta un rótulo diferente del de la primera. Por la misma razón he suprimido los grabados, atendiendo, además, con ello, al consejo de una persona, autoridad máxima para mí en ese «buen gusto de la moral» — tan diferente de la moral farisaica — que he procurado siempre, y antes que toda otra cosa, servir.

III

Me ha proporcionado este libro muchas satisfacciones. La principal, el ordenar con una pauta personal mis propias ideas sobre la cuestión de la sexualidad y sus desvaríos. Porque es curioso anotar que, en una cierta medida, los libros sinceros y espontáneos se escriben, antes que nada, y por lo menos durante algún tiempo, para

utilidad de su propio autor. Únicamente cuando las ideas están, no sólo escritas, sino impresas, y volando de mente en mente, adquieren para quienes las han gestado, toda su posible eficacia y su capacidad de evolucionar y ser fecundas; sólo circulando por la vida del entendimiento de los otros se convierten, para su mismo autor, de materia rígida en barro moldeable.

A partir de ahora, pues, tendré un material exactamente idóneo y un pensamiento depurado y claro sobre los problemas que se intentan resolver en este libro. Por eso será, seguramente, origen de otros varios, si el tiempo me acompaña. Todo libro, en biología, no es más que un programa, en el caso mejor.

IV

En esta edición se reflejan ya, aparte de las modificaciones de orden intrínseco a que he aludido, las nuevas aportaciones al problema procedentes de otros divulgadores y las observaciones que los críticos han hecho de mis puntos de vista. Críticos no nacionales, por de contado; pues en nuestro país está por crear la crítica científica, elemento esencial para la formación de una ciencia autónoma y verdadera. Un crítico, en España, es, a lo sumo, un hombre ducho en el difícil arte de adivinar lo que dice un libro sin pasar de la portada. Los amigos dicen, tras este somero expediente, que sí; los enemigos, que no; y esto es todo. Falta el espíritu despreocupado y bien informado que coteje con frialdad el nuevo valor, después de leído y meditado, con los valores en circulación. Pero de esto habría que hablar tanto y tan seriamente, que — por ahora y en este lugar — no debo pasar de un simple recordatorio, para la deliberada y antigua intención que tengo de volver por lo largo sobre el tema.

Gracias, pues, a la benevolencia, un tanto arbitraria, de los amigos. De los otros, de los que están en una actitud adversa, vale la pena de hablar con palabras más explícitas; e igualmente cordiales.

Esta monografía ha dado otra vez pretexto para que esos miopes de nuestras derechas, que no acaban nunca de encontrar los lentes que tanto necesitan, me hayan motejado de «materialista». Es una forma poco científica, ciertamente, de una crítica que también suele leerse en autores no facciosos, que consideran el problema de

la sexualidad desde un punto de vista puramente psicológico, frente a los que, como yo, lo estudian, principalmente, en su historia natural.

Yo nunca he entendido bien lo que unos y otros quieren decir con esto. El naturalista, es obvio que describa los seres y objetos naturales y sus accidentes. Y puede, a la vez, tener el alma henchida de teología, que no sería pertinente exhibir. A lo sumo, puede anotar las raíces innumerables y visibles con que los instintos, y a su través, las funciones más nobles del espíritu, se prenden en el barro de nuestra morfología. Puede llamarse, si se quiere, a esta modesta actitud «materialismo»; pero no se puede pronunciar tal palabra como una acusación. Y, sobre todo, no se debe enfrentar a esta verdad útil, un arrebató lírico, que no es nada. En último término, ¿a qué seguir?; nada de esto me importa, porque en el fondo es vana palabrería.

Lo cierto es que el padre, el pedagogo, el médico y el cura, no pueden resolver los conflictos que plantea el sexo, sin un conocimiento de su historia natural. Lo contrario — lo que ellos llaman no ser materialista — da ocasión a escribir páginas muy tiernas; pero con ellas llevamos muchos siglos de fracaso tenaz de la educación sexual y el progreso no se adivina por ninguna parte.

La ética y la pedagogía sexuales sólo pueden ser verdaderamente elevadas y nobles cuando se han nutrido del conocimiento directo del instinto. Ha llegado el momento de no blanquear más, con la retórica de siempre, los mismos sepulcros hediondos; sino de abrir éstos a la luz, que todo lo dignifica y lo bendice.

G. MARAÑÓN

Toledo, Febrero, 1930.

ÍNDICE DE TEMAS

	Páginas.
Obras del autor	IV
DEDICATORIA	VII
PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN	IX
Índice de temas	XIII
 CAPÍTULO I. — La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales	 1
Bibliografía.	5
 CAPÍTULO II. — Estudio de los caracteres sexuales	 6
Su clasificación, 6. — Caracteres anatómicos primarios, 8. — Caracteres sexuales, 9. — Órganos accesorios de la reproducción, 13. — Órganos mamarios, 14.	
Bibliografía.	15
 CAPÍTULO III. — Estudio de los caracteres sexuales (continuación)	 16
Caracteres anatómicos secundarios, 16. — Distribución de la grasa, 19. — Características sexuales de la piel y del sistema piloso, 21. — Cabello, 22. — Cejas, 30. — Barba y bigote, 30. — Otras zonas del vello facial, 31. — Vello puberal, 32. — Vello axilar, 32. — Vello del tronco y extremidades, 33. — Desarrollo de la laringe, 37.	
Bibliografía.	38
 CAPÍTULO IV. — Un comentario sobre la posición de los sexos ante la evolución morfológica	 40
Bibliografía.	44
 CAPÍTULO V. — Estudio de los caracteres sexuales (continuación)	 45
Los caracteres funcionales primarios, 45. — El orgasmo, 50. — Aptitud fecundante del hombre, aptitud concepcional y maternal en la mujer, 56.	
Bibliografía.	57

CAPÍTULO VI. — Estudio de los caracteres sexuales (continuación)	58
Caracteres funcionales secundarios, 58. — La maternidad y el trabajo, 58. — Diferencias en las esferas afectiva y psíquica, 60. — Diferencias en las aptitudes físicas, 62. — Voz, 63.	
Bibliografía.	66
CAPÍTULO VII. — Clasificación de los estados intersexuales. - Las inversiones parciales. - Las inversiones laterales (hemi-intersexualidad).	67
Frecuencia y clasificación de la intersexualidad humana, 67. — La intersexualidad parcial, 69. — Intersexualidades unilaterales, 71. El factor constitucional y el hormonal, 73.	
Bibliografía.	74
CAPÍTULO VIII. — El hermafroditismo	75
Definición y patogenia, 75. — Clínica del hermafroditismo, 81. — Evolución, 83. — Conclusión, 84.	
Bibliografía.	85
CAPÍTULO IX. — El pseudohermafroditismo.	87
Definición y patogenia, 87. — Clasificación, 88. — El pseudohermafrodita masculino, 89. — Pseudohermafroditismo femenino, 92. — Concepto evolutivo del pseudohermafroditismo, 94. — Conducta psicosexual del pseudohermafrodita, 95.	
Bibliografía.	97
CAPÍTULO X. — La criptorquidia y el hipospadias como estados intersexuales.	98
Concepto de estas anomalías, 98. — Hipospadias, 99. — Criptorquidia, 100. — Criptorquidia e insuficiencia testicular, 101.	
Bibliografía.	104
CAPÍTULO XI. — La ginecomastia	105
Bibliografía.	112
CAPÍTULO XII. — Virilización y feminización (intersexualidad viriloide y feminoide).	114
Concepto, 114. — Virilización, 115. — Feminización, 121. — Sentido regresivo de la feminización y progresivo de la virilización, 125.	
Bibliografía.	126

✓ CAPÍTULO XIII. — La homosexualidad como estado intersexual	128
Evolución del concepto de la homosexualidad, 128. — Homosexualidad e intersexualidad, 130. — Constitución y causas determinantes, 138. — La especificación del objetivo sexual, 141. — Influencias exógenas que actúan sobre la determinación homosexual, 149. — Homosexualidad congénita y adquirida, 154. — Influencias inhibitorias, 155. — La sexualidad bivalente, 157. — La homosexualidad femenina, 158.	
Bibliografía.	162
✓ CAPÍTULO XIV. — Intersexualidades funcionales secundarias (intersexualidad psíquica, afectiva, etc.)	164
Concepto, 164. — La inversión psicológica del hombre, 165. — La inversión psicológica de la mujer, 172.	
Bibliografía.	179
CAPÍTULO XV. — Las intersexualidades críticas.	180
Concepto, 180. — Intersexualidad feminoide de la pubertad, 181. — Comportamiento de la mujer puberal, 189. — Intersexualidad viriloide de la mujer climatérica, 190. — Comportamiento del hombre climatérico, 194.	
Bibliografía	198
✓ CAPÍTULO XVI. — Constancia de la predisposición intersexual en la especie humana. - Teorías de la sexualidad normal y patológica. - Los factores zigóticos y los factores hormonales	199
Intersexualidades monstruosas, patológicas, anormales, fisiológicas, 199. — Hipótesis sobre la intersexualidad, 200.	
Bibliografía.	208
CAPÍTULO XVII. — Evolución asincrónica de las sexualidades masculina y femenina.	209
Asincronía evolutiva de las sexualidades, 209. — Cronología de la feminidad, 210. — Cronología de la virilidad, 214. — Explicación de los fenómenos puberales y climatéricos en cada sexo, 218. — Conclusión, 220.	
Bibliografía.	221

	Páginas.
CAPÍTULO XVIII. — Intervención de otras glándulas endocrinas en el proceso de la sexualidad	223
Acción sexual de las glándulas no genitales, 223. — Acciones virilógenas; la corteza suprarrenal, 225. — Acción virilógena de la hipófisis, 230. — Acciones feminizantes extragonadales, 232. — Conclusión, 233.	
Bibliografía	234
CAPÍTULO XIX. — Sentido progresivo de la diferenciación sexual. - Influencia patológica de la intersexualidad. - Sentido actual de las crisis sexuales. .	237
Sentido progresivo de la diferenciación sexual. Hermafroditismo y gonocorismo, 237. — Intersexualidad y patología, 239. — Concepto actual de las crisis sexuales, 241.	
Bibliografía	244
CAPÍTULO XX. — Resumen sobre la significación de la virilidad y la feminidad en la evolución humana y ante los problemas sociales.	245
Bibliografía	249
CAPÍTULO XXI. — ¿Es posible favorecer el auge de la diferenciación sexual?	250
El problema práctico de la intersexualidad, 250. — Intersexualidad masculina, 251. — Los injertos testiculares, 252. — La opoterapia hipofisaria, 255. — El régimen alimenticio, 259. — La acción pedagógica, 259. — Intersexualidad de la mujer, 261.	
Bibliografía	265
Índice de nombres	267
Catálogo	274
Colofón	285

CAPÍTULO I

LA EVOLUCIÓN DE LA SEXUALIDAD
Y LOS ESTADOS INTERSEXUALES

TODO el conocimiento de la vida normal y patológica de los sexos se resiente del olvido de una verdad, conocida de antiguo, pero que el naturalista y el sociólogo no suelen tener presente con la necesaria persistencia y eficacia, a saber: *que lo masculino y lo femenino no son dos valores terminantemente opuestos, sino grados sucesivos del desarrollo de una función única, la sexualidad, que entre la niñez y la ancianidad — en las que está apagada — se enciende durante el período central de la vida, con diferencias puramente cuantitativas y cronológicas, de un sexo a otro.*

Este concepto que, desde DARWIN, aparece aquí y allá, en la literatura científica, no había logrado su apogeo porque suponía el reconocimiento previo de un hecho que repugnaba a los puntos de vista habituales en el conocimiento de la sexualidad. Me refiero a *la necesidad de admitir una fase de sexualidad indiferenciada, como punto de partida normal en todos los seres humanos.* Cuando se decía «la hembra es un organismo intermedio entre el organismo infantil o adolescente y el organismo viril; y éste es la fase terminal de los anteriores», se presuponía una misma raíz, sexualmente neutra o bivalente, sobre la que después habría de sobrevenir el auge de cada una de las dos sexualidades, con ritmo e intensidad distintos en cada sexo. Pero esta suposición, aun cuando se apoyaba en multitud de datos zoológicos, embriológicos y aun clínicos, no llegaba a adquirir consistencia en el pensamiento ante la idea, de abolengo secular, de que la indeterminación sexual era una anomalía excepcional, una verdadera monstruosidad, lejana y extraña a la vida fisiológica.

En estos últimos años se ha ido conociendo, poco a poco, el verdadero sentido de las fases de sexualidad ambigua o estados intersexuales. Son originariamente fenómenos de la más pura normalidad, aun cuando pueden tener desviaciones patológicas y, a veces, monstruosas. Sobre esta normalidad ambigua se dibuja, precisamente, la evolución fisiológica de los sexos hacia la diferenciación. Y así, con este fondo único y obligado, se interpretan claramente las modalidades normales y no normales de la vida de los sexos.

Por lo tanto, nuestro estudio de la *evolución de la sexualidad* partirá del conocimiento de los *estados intersexuales*. Hemos de empezar por definirlos. ¿Qué entendemos, pues, por *estados intersexuales*?

Durante mucho tiempo — durante casi toda la historia de la Humanidad — se ha creído, como acabamos de recordar, que lo masculino y lo femenino eran dos valores antagónicos y profundamente diferenciados. Un hombre y una mujer se encontraban tan alejados uno del otro por el hecho de su sexo, como por ninguno de los otros motivos que seccionan en grupos a los seres humanos. El concepto de la integridad del propio sexo se mantenía como un carácter inviolable de la personalidad. Toda duda, a este respecto, era una ofensa. La afirmación sexual, por el contrario, un motivo de orgullo; sobre todo para el varón, que previamente había decidido la superioridad de su posición biológica respecto a la mujer. Y partiendo de esta creencia, los estados de sexualidad confusa se consideraban o como anomalías monstruosas si afectaban a la morfología — los hermafroditas — o como aberraciones y pecados graves, como monstruosidades del espíritu, cuando se referían a la inclinación del instinto — homosexualidad.

Pero a medida que los estudios sobre la biología sexual han ido progresando, se ha visto, cada vez con mayor claridad, que el «varón-tipo» y la «hembra-tipo» son entes casi en absoluto fantásticos¹; y que, por el contrario, los estados de confusión sexual, en una escala de infinitas gradaciones que se extiende desde el hermafroditismo

¹ La misma expresión en WEIL (1): «El hombre integral (*Vollman*) y la hembra integral (*Vollweib*) son, en realidad, hallazgos rarísimos». Y en BIEDL (2): «El hombre puro y la mujer pura son casos extremos que en la realidad apenas se encuentran».

escandaloso hasta aquellas formas tan atenuadas que se confunden con la normalidad misma, son tan numerosos, que apenas hay ser humano cuyo sexo no esté empañado por una duda concreta o por una sombra de duda¹.

Este hallazgo y los progresos de la ética nos han ayudado a desprender el concepto de la sexualidad confusa del estigma de monstruosidad que antes llevaba consigo. Los hombres actuales no podemos enorgullecernos de nuestro sexo como de una cosa perfecta. La plena diferenciación sexual es rara todavía. Luego veremos que esa diferenciación debe ser una de las metas de nuestro progreso, si bien progreso de largos siglos. Y que, inevitablemente, esa diferenciación partirá de una zona previa de bisexualidad.

Por otra parte, los trabajos experimentales y anatómicos han contribuido a la demostración de esta incompleta distinción de los sexos, que ya nos había indicado la clínica. Y en suma, se ha llegado a la posesión de esta verdad trascendental e imprevista: *los dos sexos, la masculinidad y la feminidad, no son dos entidades que se oponen punto por punto; hay ciertos momentos de su evolución ontogénica y filogénica en que esta oposición absoluta tiene una apariencia de realidad; pero fuera de esos momentos, la masculinidad y la feminidad se van acercando y acaban por fundirse en una fase de primitiva ambigüedad*. No de otro modo que el día y la noche, tan opuestos en las horas cenitales, se enlazan en las largas horas de los crepúsculos en una gradación insensible de momentos, en los que la luz y la sombra se mezclan en proporciones sucesivas.

No hay que decir que todos los estados de confusión sexual, que en estos últimos años se han ido estudiando, han dado lugar a una copiosa bibliografía; pero dispersa y no sistematizada bajo una común clave explicativa. GOLDSCHMIDT (6) fué quien primero reunió todas las formas de la sexualidad confusa bajo el nombre de *intersexualidad*, por analogía a los hechos descritos por él y por otros naturalistas en las demás especies animales, singularmente en los in-

¹ Según KYRLE (3), de 110 muchachos examinados por él, sólo 10 tenían completamente normales los atributos viriles. Los datos de VOSS, TANDLER, STERNBERG, etc., y los nuestros, coinciden con esta proporción. En las niñas ocurre lo propio. SCHWARZ (4), de 50 hombres, sólo en cuatro encontró una sexualidad perfecta. MATHES (5) afirma más resueltamente todavía que «todo ser humano, en el caso más favorable, es un intersexual rudimentario».

sectos. Después no han aparecido sino escasos capítulos, muy concentrados, en los que se estudia el conjunto de la cuestión, como, por ejemplo, los que se consagran a este tema en el libro de LIPSCHÜTZ (7) y en el de BAUER (8). Pero, sobre todo, no se ha intentado, que yo sepa, la proyección de estos conocimientos sobre la evolución general de la sexualidad.

Para tal empresa, partiremos del conocimiento de los *estados intersexuales*, entendiendo por ellos aquellos casos en que coinciden en un mismo individuo — sea hombre, sea mujer — estigmas físicos o funcionales de los dos sexos; ya mezclados en proporciones equivalentes o casi equivalentes; ya, y esto es mucho más frecuente, con indiscutible predominio del sexo legítimo sobre el espúreo ¹.

De este estudio surgirá el conocimiento de la posición relativa de los sexos y de su evolución respectiva, como episodios del mismo proceso general de la sexualidad.

¹ Esta definición de la *intersexualidad*, como concepto común que abraza todas las formas de confusión sexual, no es, desde luego, compartida por todos los autores. Para el mismo GOLDSCHMIDT tiene una significación más limitada. PEZARD (9), de acuerdo con las ideas de PONSE y CARIDROIT, distingue el *hermafroditismo* — presencia en un mismo individuo de un testículo y un ovario — de la *intersexualidad* — aparición en una glándula unisexual normal, de elementos del sexo opuesto — y del *ginandromorfismo* — mezcla de los caracteres sexuales secundarios del macho y de la hembra —. PEZARD observa, empero, que el ginandromorfismo se relaciona estrechamente con los otros dos estados. Como que son, agregamos nosotros, apariencias distintas de un mismo fenómeno. Creo que uno de los elementos esenciales para el avance de la ciencia es la liquidación de muchas clasificaciones y terminologías y la adopción de esquemas didácticos lo más simples que sea posible.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) WEIL: *Die innere Sekretion*. 3. Auf., Berlín, 1923.
- (2) BIEDL: *Die Bedeutung des endokrinen System für die Sexualität*. En *Sexualreform und Sexualwissenschaft*, de A. WEIL, Stuttgart, 1922.
- (3) KYRLE: Wien. k. Woch., 1910-1583 y 1920-185.
- (4) SCHWARZ: Gesellsch. d. Aerzt. Wien., 1927, Feb. Ref. en Klin. Woch. 1927, 1.023.
- (5) MATHES: *Die Konstitutionstypen des Weibes, insbesondere der intersexuelle Typus*. En *Biologie und Pathologie des Weibes* de HALBAN und SEITZ, III. Berlín, 1924.
- (6) GOLDSCHMIDT: *Mechanismus und Physiologie der Geschlechtsbestimmung*. Berlín, 1920.
- (7) LIPSCHÜTZ: *Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Edic. esp. Javier Morata, Madrid, 1928.
- (8) BAUER: *Fisiología, Patología y Clínica de las Secreciones Internas*. Edic. esp. Javier Morata, Madrid, 1929.
- (9) PEZARD: *Caractères sexuels secondaires*. En *Traité de Physiologie normale et pathologique*, de ROGER et BINET, XI. París, 1927.

CAPÍTULO II

ESTUDIO DE LOS CARACTERES SEXUALES

Su clasificación. — Antes de describir los estados intersexuales, tenemos que recordar — y anotar con datos de reciente adquisición — el estudio de los rasgos que en lo morfológico y en lo funcional caracterizan a cada uno de los dos sexos. Su estudio detallado es una fase esencial para nuestra demostración. Estos rasgos son los *caracteres sexuales*.

¿Cuántos y cuáles son los caracteres sexuales? En realidad, su revisión completa equivaldría al estudio minucioso de toda la anatomía y de toda la fisiología humanas. Muchos autores han propuesto diversas clasificaciones de estos caracteres sexuales: unas, reducidas a unos cuantos, los esenciales, y otras, intentando abarcarlos todos; pero a medida que se estudia con un criterio más fino y profundo la diferenciación sexual, todos nos convencemos de que no hay clasificación completa posible, porque la huella del sexo se descubre desde las más llamativas hasta las más delicadas manifestaciones de la vida¹.

HUNTER fué quien primero (1870) dividió los caracteres sexuales en *primarios* y *secundarios*. Los *primarios* se refieren a las glán-

¹ «En último análisis — dice PEZARD (1) — parece seguro que no existe ningún carácter ni morfológico ni psíquico que escape a la huella sexual». La misma expresión en CAULLERY (2): «Parece como si todo el organismo estuviese impregnado por el sexo, que se revela de un modo más o menos perceptible, en todas y en cada una de sus partes». Y así podrían acumularse citas en el mismo sentido. Quien desee una ampliación de este tema puede recurrir a las obras de DARWIN (3), GEDDES y THOMSOM (4), TANDLER y GROSS (5), MEISENHEIMER (6), LIP-SCHÜTZ (7), ATHIAS (8) y SCHULTZE (9).

dulas, reproductoras mismas y a los órganos accesorios de dichas glándulas, que constituyen el conjunto del aparato genital. Los *secundarios* se refieren a aquellos caracteres generales, extragenitales, que permiten, sin necesidad del examen directo de los órganos de la generación, la diferenciación, a simple vista, del macho y de la hembra. Esta división, ya clásica, puede mantenerse¹. Sin embargo, si no tuviéramos un respeto, cada día mayor, a perturbar con nuevas modificaciones la ya excesivamente abrumada terminología científica, propondríamos sustituir las denominaciones de *primarios* y *secundarios*, que no tienen ni sentido ni utilidad, por la de caracteres *genitales* y caracteres *sexuales*, ya que los *primarios* se refieren a los órganos y a la función generadora, y los *secundarios*, al dismorfismo sexual externo.

Por otra parte, nosotros, al referirnos a la especie humana, tenemos que dar una importancia paralela a la de los caracteres *anatómicos*, únicos que interesan a los naturalistas, a los caracteres *funcionales*, incluyendo en ellos las manifestaciones psíquicas, la actuación social, etc.; ya que la distinción sexual se imprime en estas esferas, y a veces tan profundamente, que su olvido hace imposible la recta comprensión de muchas actividades del hombre y de la mujer.

En armonía con este criterio, hace ya años que propusimos (10) una clasificación práctica de los caracteres sexuales humanos que ahora reproducimos con algunas modificaciones.

Es preciso que insistamos en que este cuadro no pretende abarcar la totalidad de los caracteres sexuales, siendo sólo una clasificación práctica — pudiéramos decir *clínica* — ; que, por lo tanto, se refiere sólo a aquellos datos que pueden, en su mayor parte, buscarse con facilidad para interpretar la clasificación sexual de un determinado individuo. Quedan, pues, fuera de él otros muchos rasgos de gran interés, pero de valor discutible, como los psíquicos, que ape-

¹ Para otros autores, los *caracteres primarios* serían sólo las glándulas germinales — testículo y ovario — ; los *secundarios*, los órganos accesorios de la reproducción que con aquéllos integran el aparato genital; y habría una tercera categoría — *caracteres terciarios* — que serían los sexuales externos, morfológicos o funcionales — talla, vello o pluma, voz, etc. — . Hacemos esta aclaración, porque en algunos libros corrientes subsiste la clasificación en primarios, secundarios y terciarios.

nas esbozamos; y otros de más difícil investigación, como las peculiaridades viscerales, las investigaciones metabólicas, bioquímicas, etc. ¹.

De todas suertes, los caracteres elegidos para componer nuestro cuadro requieren algunos comentarios.

Caracteres anatómicos primarios. — GLÁNDULAS GERMINALES. — La máxima y más profunda diferenciación de los sexos se encuentra en las glándulas de donde brota la sexualidad: en las *gonadas*; es decir, en el *testículo* del macho y en el *ovario* de la hembra. Hay casos [de animales — por ejemplo, en muchas aves — en los que, en la época juvenil, el sexo sólo puede diferenciarse examinando al microscopio la glándula genital; tan parecidos son por su aspecto externo. Y otro tanto ocurre en los casos de intersexualidad grave (hermafroditismo) en el hombre y en otros animales superiores.

Aunque no es éste el lugar de describir embriológica y anatómicamente la glándula germinal, es necesario tener presentes, para nuestra demostración ulterior, los siguientes datos elementales:

1.º En el ovario existen dos clases de tejidos: el tejido *folicular* y el *intersticial*. El *folicular* está formado por células de tipo epitelial, que se disponen en capas, constituyendo una vesícula — la *vesícula* de GRAAF — llena de un líquido — *líquido folicular* — en el que se baña una célula extraordinariamente diferenciada — el *óvulo* o *gameto hembra* — célula que, en caso de ser fecundada por el *espermatozoo* o *gameto macho*, dará lugar al *huevo* o *zigoto*. Una capa de elementos conjuntivos — la *teca* — forma un revestimiento externo que protege a la vesícula así constituida.

El *tejido intersticial* está formado por células epitelioideas de tipo glandular, que recuerdan a las que forman el parénquima hepático o la corteza suprarrenal. Se disponen en grupos esparcidos entre las vesículas.

Por fin, al madurar cada folículo y romperse para dar salida al óvulo, la cicatriz de la vesícula rota se transforma en un tejido, también de apariencia glandular, formado por células especiales, llama-

¹ Por ser un dato reciente y abierto a algunas sugerencias interesantes, quiero recordar aquí un carácter sexual descrito por RIDDLE y FLEMION (11). Según ellos, en la mujer — análogamente a lo que ocurre en la hembra de otras especies animales, como ratas, palomas, etc. — el intestino es más largo que en el hombre; diferencia que estos autores relacionan con el mayor desarrollo de la hipófisis — sobre todo de su lóbulo anterior — en el sexo femenino.

Caracteres sexuales.

	MUJER	HOMBRE
Anatómicos.	Primarios . (Genitales) a) Ovarios. b) Trompas. - Útero. - Vagina. - Vulva (labios, clitoris, etc.). c) Mamas bien desarrolladas.	a) Testículos. b) Epidídimo. Conducto deferente. - Vesículas seminales. - Próstata. - Pene. Escroto. c) Mamas rudimentarias.
	Secundarios . (Sexuales) a) Predominio del desarrollo pelviano sobre el escapular. b) Sistema locomotor poco enérgico. c) Mayor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea. d) Sistema piloso infantil y cabello largo y persistente. e) Laringe de desarrollo infantil.	a) Predominio del desarrollo escapular sobre el pelviano. b) Sistema locomotor muy enérgico. c) Menor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea. d) Sistema piloso desarrollado y cabello corto y caído. e) Laringe bien desarrollada.
Funcionales.	Primarios . (Genitales) a) Libido hacia el hombre. b) Orgasmo sexual lento y no preciso para la fecundación. c) Aptitud concepcional. Menstruación. Embarazo. Parto. Lactancia.	a) Libido hacia la mujer. b) Orgasmo sexual rápido y necesario. c) Aptitud fecundante.
	Secundarios . (Sexuales) a) Instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole. b) Mayor sensibilidad a los estímulos afectivos y menor disposición para la labor abstracta y creadora. c) Menor aptitud para la impulsión motora activa y para la resistencia pasiva. - Marcha y actitudes características. d) Voz de timbre agudo (soprano hacia contralto).	a) Instinto de la actuación social (defensa y auge del hogar). b) Menor sensibilidad a los estímulos afectivos y mayor capacidad para la abstracción mental y la creación. c) Mayor aptitud por el impulso motor y la resistencia pasiva. - Marcha y actitudes características. d) Voz de timbre grave (bajo hacia tenor).

das *luteínicas*. Cada uno de estos grupos de tejido luteínico constituye un *cuerpo amarillo*.

Como el ovario cumple dos funciones, una *genésica* o *externa* — la producción de óvulos maduros — y otra *endocrina* o *interna* — la producción de hormonas, que determinan y protegen las funciones y los rasgos de la feminidad — se ha tratado de dar a esta división de trabajo una base de diferenciación histológica; esto es, de marcar a cada tipo de tejido ovárico una función diferente. Pero si el asiento del proceso de la ovulación es indudable — el folículo — no lo es, ni mucho menos, el asiento de la secreción endocrina. En fases sucesivas del progreso científico se han considerado como origen de la secreción hormonal el tejido folicular, el intersticial y los cuerpos amarillos. En los momentos actuales sabemos que el tejido folicular es, seguramente, la fuente de una hormona muy importante del ovario, la *foliculina*, que rige el ciclo menstrual y los fenómenos primarios de la libido femenina (12). Pero, desde luego, en el tejido intersticial y en los cuerpos amarillos asientan también, sin duda, funciones endocrinas que no son realizadas por la foliculina¹. Es posible que cada uno de estos tejidos, como hace ya tiempo sugerimos (14), esté encargado de cada una de las complejas funciones hormonales de la gonada femenina; pero no podemos precisar cuál función corresponde a cada grupo histológico².

2.º La *gonada masculina* o *testículo* está también formada por dos tipos de tejidos: el *seminífero* y el *intersticial*.

El *seminífero* está encargado de formar los *gametos machos* o *espermatozoos*. Se compone de canales — *tubos seminíferos* — constituidos por células epiteliales de dos categorías: uñas, que directamente se transforman en espermatozoos — llamadas *espermatozonias* — y otras, que no se transforman jamás en espermatozoos y que probablemente sirven de elementos de sostén y nutrición a las anteriores — *células de SERTOLI* —. Algunos autores, empero, creen que juegan también un papel inductor.

Las *células intersticiales* o *células de LEYDIG* son células de tipo glandular que se agrupan en conglomerados, más o menos densos,

¹ Véase, entre otros, COURRIER (13).

² Más adelante (capítulo XVIII) nos ocuparemos de la posible existencia de hormonas femeninas de origen no ovárico, sino hipofisario, etc.

entre los tubos seminíferos. La mayoría de los autores opinan que a ellas se debe la elaboración de la secreción interna testicular. En el testículo, por lo tanto, la división del trabajo correspondería a una neta división histológica; la función seminal o externa la ejercería el tejido seminífero; la función endocrina o interna, el tejido intersticial. Sin embargo, en el curso de este libro veremos que hay algunos datos clínicos y experimentales que no se ajustan a este esquema¹.

3.º Ambas gonadas — ovario y testículo — proceden de un tejido común del embrión: la *eminencia urogenital*. Hasta la cuarta semana después de la fecundación no es posible distinguir en el embrión — que por entonces alcanza ya una longitud de 11 a 13 mm. — si la futura gonada será masculina o femenina. Claro es, sin embargo, que el que nosotros no podamos hacer esta distinción no quiere decir que no exista. Es probable que se trate, sencillamente, de insuficiencia de nuestros métodos de análisis. Pero, con todo, hay que admitir una época en que el futuro tejido germinal está todavía indiferenciado, sin inclinarse en el sentido testicular ni en el ovárico. La diferenciación no ocurre sino al cabo de un cierto tiempo. *La gonada es, pues, indiferenciada en sus comienzos*, conteniendo, en potencia, ambas sexualidades. Y hoy admiten todos los autores, como en el curso de este libro se irá exponiendo, que esa diferen-

¹ En efecto, mientras la mayoría de los autores, siguiendo las ideas de ANCEL y BOUIN (15), y modernamente de STEINACH (16), asignan el papel inductor al tejido intersticial — y aun alguno, como WAGNER (17), ha demostrado el paso de la inerción desde la célula intersticial a los vasos linfáticos — otros investigadores niegan esta significación de las células de LEYDIG y creen que la secreción interna se elabora en el epitelio germinativo. Se apoyan en una serie de argumentos que no podemos reproducir aquí. Por ejemplo, se ha encontrado un gran aumento de tejido intersticial en estados patológicos en los que existe, precisamente, una disminución o anulación de los caracteres sexuales viriles, como el eunucoidismo en el hombre — BERBLINGER (18) — o en el gallo — JACOM y FLYN (19) —; en ciertos criptorquídicos hipogenitales — véase capítulo X — y en algunos hombres pseudohermafroditas y hermafroditas — BERNER (20) —. Por otra parte, muchas de las recientes investigaciones histológicas en testículos injertados — véase VORONOFF y RATERER (21) — apoyan también la importancia endocrina del tejido germinal y la poca importancia del intersticial. Es un tema que aún está por decidir y en el que no pueden tomarse posiciones decisivas. Contribuye mucho, sin duda, a su nebulosidad el querer aplicar a la especie humana sistemáticamente, resultados obtenidos en otras especies animales; he aquí una de las eternas causas de penumbra que la ciencia moderna arroja sobre la Medicina.

ciación no se hace casi nunca — probablemente nunca — de un modo rotundo, sino que, por el contrario, quedan elementos masculinos en el ovario o femeninos en el testículo, o bien una aptitud bifuncional latente de las células, capaz de manifestarse en ciertas condiciones y segregar las hormonas del sexo contrario. Según esta suposición, toda gonada — en uno y en otro sexo — sería, por lo tanto, un ovario-testes, pero ¡con predominio de los elementos testiculares en el macho y de los ováricos en la hembra¹.

En circunstancias anormales, que después serán ampliamente comentadas, esta persistencia de las células de los dos sexos en una misma glándula ha sido, desde luego, comprobada en un número considerable de casos de hermafroditismo, en el animal y en el hombre. Pero aun sin llegar a estos casos incuestionables de verdadero *ovario-testes*, en otros muchos, que se irán exponiendo más adelante, aparecen células aisladas de la gonada contraria, coincidiendo con manifestaciones anatómicas o funcionales de la intersexualidad. Aun no podemos decir la verdadera extensión de esta persistencia de la bisexualidad histológica, pues nuestros medios de análisis son todavía muy incompletos. Es probable que el tejido intersticial, siempre menos diferenciado que el propiamente germinativo (folicular y seminífero), sea el asiento de esa confusión histológica como han pensado STEINACH (16) y otros.

El aspecto más importante del problema está, de todos modos, en saber si la gonada originariamente indiferenciada en todos los individuos, conserva, en el curso del desarrollo, esta potencialidad bisexual, sólo en un cierto número de organismos o en todos. El hecho de la enorme frecuencia de los estados intersexuales en la clínica humana, y el hecho de que en muchas ocasiones esa transformación intersexual sobrevenga tardíamente en sujetos que anteriormente no habían presentado el menor estigma de confusión, induce

¹ Por ejemplo, en el testículo del recién nacido se distinguen, entre los cordones, todavía apelotonados e indiferenciados, unas células grandes, bien limitadas, que recuerdan al óvulo y han sido por ello llamadas *óvulos machos*. Para algunos serían la prueba histológica del hermafroditismo normal de la glándula. Otros suponen que de estas células se derivarán, en la pubertad, las células seminíferas. Más adelante veremos que también en el testículo adulto, del hombre y de ciertos animales (aves), se han descrito en estado normal elementos ováricos; e, inversamente, elementos testiculares en el ovario adulto.

a creer que la potencialidad bisexual de la gonada es un fenómeno universal, permaneciendo latente en la mayor parte de los individuos, y apareciendo claramente en otros, ya en el curso de la vida, por el influjo de circunstancias ocasionales, ya desde el comienzo de la existencia extrauterina. Sin embargo, por lo menos teóricamente, no se puede negar la posibilidad de que un grupo de seres humanos alcancen una diferenciación de la gonada tan perfecta, que haga imposible toda alteración futura de su especificidad sexual. Serían éstos los *sexos-tipos*, por ahora excepcionales, como ya hemos dicho; probablemente, más numerosos a medida que la Humanidad progrese.

De una manera segura el problema no se resolverá en tanto que no adelanten nuestros métodos histológicos y biológicos, sobre todo en el terreno de la Embriología.

4.º Otro dato que es necesario recordar es que la gonada masculina — el testículo — sufre, aparte de su evolución intrínseca, un proceso de emigración desde el interior del abdomen, donde ha aparecido, hacia el exterior, para quedar depositado en las bolsas escrotales. Ordinariamente, al nacer el varón, sus testículos están ya descendidos. Pero hay un número grande de niños en los que se observa la *criptorquidia* o retraso en el descenso, ya en diferentes zonas del interior del abdomen mismo, ya en el trayecto inguinal. Esta criptorquidia puede corregirse espontáneamente o persistir para siempre. Por lo tanto, al considerar el desarrollo de la virilidad en un determinado individuo, el dato topográfico será también de extraordinario valor.

ÓRGANOS ACCESORIOS DE LA REPRODUCCIÓN. — Están constituidos por las *trompas*, *útero*, *vagina* y *órganos vulvares* en la mujer. Y por el *epidídimo*, *vesículas seminales*, *conducto deferente*, *próstata*, *pene* y *escroto* en el hombre¹.

¹ En la mayoría de los libros persiste la división de los órganos genitales en *externos* e *internos*. La vulva en la mujer, con sus labios mayores y menores, clitoris, meato urinario y entrada vaginal; y el pene y bolsas en el hombre, constituyen los *órganos genitales externos*; por oposición a los *órganos genitales internos*, bajo cuyo nombre se comprenden todos los demás órganos accesorios de la reproducción, más las gonadas respectivas. Esta división, sin sentido fisiológico ni embriológico, debe ser abandonada y sustituida por la de *órganos germinales* o *gonadas* y *órganos accesorios de la reproducción*.

Todos estos *órganos accesorios* están directamente ligados al cumplimiento del acto genital. Su fin es procurar: 1.º, la emigración y el encuentro de los dos gametos — óvulo y espermatozoo —; 2.º, la conjugación de ambos; y 3.º, la nidación y desarrollo del huevo o cigoto resultante.

La diferenciación de estos órganos accesorios de la reproducción es muy neta en los seres humanos normales. En el niño recién nacido constituyen el único elemento para la clasificación del sexo, pues todos los demás caracteres diferenciales existen sólo en estado rudimentario. Mientras no se examina esta región no sabemos si el feto, cuya cabeza asoma por la vulva materna, será varón o mujer. En una categoría extensa de seres — los *hermafroditas* y muchos *pseudohermafroditas* — esta distinción no se realiza fácilmente por el examen de sus órganos genitales, y es imposible determinar el sexo del individuo, persistiendo muchas veces la duda hasta que no se estudia histológicamente la gonada, extirpada quirúrgicamente o recogida en la autopsia.

Nos explicamos esta frecuente indiferenciación *teniendo en cuenta el origen común que tienen estos órganos en uno y otro sexo*. El mismo *conducto de MÜLLER* del embrión, se desarrollará en la mujer para dar lugar a las trompas, el útero y la vagina, atrofiándose en el hombre para quedar reducido al utrículo prostático. A su vez, el mismo *tubérculo genital* del embrión, se desarrollará ampliamente en el hombre, convirtiéndose en el *pene* con la *parte cavernosa de la uretra* y la *bolsa escrotal*; y se atrofiará en la mujer, transformándose en el *clitoris* y en los *pequeños y grandes labios*.

En el hombre y en la mujer adultos, estos órganos, tan típicos del sexo, no son, pues, rigurosamente específicos; en aquél, hay órganos femeninos rudimentarios, y en ésta, órganos viriles, igualmente rudimentarios.

ÓRGANOS MAMARIOS. — No hay que insistir sobre la presencia, tan típica, de las mamas en la mujer, y su estado atrófico en el hombre. Las mamas son el órgano representativo de la aptitud lactante, una de las funciones sexuales características de la hembra. Por lo cual, apartándonos de todos los autores, no hemos dudado en incluir las entre los caracteres anatómicos primarios.

Sin embargo, tampoco aquí encontramos una distinción radical entre los dos sexos. En el hombre se conservan con frecuencia res-

tos de tejido mamario, más la morfología atrófica, pero constante, indicada por el pequeño pezón masculino, rodeado de su areola. Estos restos mamarios pueden desarrollarse en ocasiones nada raras, bajo la acción de diferentes estímulos, dando lugar a la *ginecomastia*, que más adelante será estudiada.

Es muy interesante anotar el origen embriológico común de la mama y de las glándulas sebáceas y sudoríparas de la región comprendida entre las raíces de los miembros superiores (22). Estas glándulas tienen un carácter sexual muy neto, ya que provocan el *olor axilar*, de indudable importancia en la atracción de los sexos.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) PEZARD: *Caractères sexuels secondaires*. En *Traité de Physiologie normale et pathologique* de ROGER et BINET. XI. París, 1927.
- (2) CAULLERY: *Les Problèmes de la Sexualité*. París, 1913.
- (3) DARWIN: *La Descendance de l'homme et la selection sexuelle*. Edición francesa. París, 1881.
- (4) GEDDES and THOMPSON: *The Evolution of Sex*. London, 1889.
- (5) TANDLER und GROSS: *Die biologische Grundlagen der sekundären Geschlechtscharaktere*. Berlín, 1912.
- (6) MEISENHEIMER: *Geschlecht und Geschlechter im Tierreiche*. Jena, 1921.
- (7) LIPSCHÜTZ: *Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Edic. Esp. Javier Morata, Madrid, 1928.
- (8) ATHIAS: *Caracteres sexuais*. Lisboa, 1923.
- (9) SCHULTZE: *Das Weib in anthropologischer und sozialer Betrachtung*. 3. Auf. Leipzig, 1928.
- (10) MARAÑÓN: *La Edad crítica*. Primera edición. Madrid, 1919.
- (11) RIDDLE and FLEMION: *Endocrinology* (Los Ángeles), 1928, 2, 203.
- (12) Véase un buen resumen en ADLER: *Physiologie des Ovariums*. En *Handbuch der inneren Sekretion* de HIRSCH, II. Berlín, 1928.
- (13) COURRIER: *Bull. d'Histolog. App.* 1928. Dec. 393.
- (14) MARAÑÓN: *Revista Española de Ginecología y Obstetricia* (Valladolid), 1917, Marzo.
- (15) ANCEL et BOUIN: *C. R. de la Soc. des Sciences*, París, 1906, 142, 232.
- (16) STEINACH: *Arch. f. Entwickl. d. Mensch.*, 1920, 46, 36.
- (17) WAGNER: *Biologia Generalis*, 1925-1-1.
- (18) BERBLINGER: *Verhand. deutsch. Gesellsch.* 1921.
- (19) JACOM and FLYNN: *Endocrinology*. (Los Ángeles), 1927, 10, 593.
- (20) BERNER: *Hermaphroditismus und Geschlechtumwandlung*. En *Handbuch der inn. Sekretion*, de HIRSCH. II Bd. 1929.
- (21) RATTERER: *Puberté et maturité sexuelle*. París, 1925.
- (22) G. TEIGELER: *Beitrag zur Entwicklungsgeschichte der menschlichen Brustdrüse*. Iaug. Dissert. Göttingen, 1916.

CAPÍTULO VII

CLASIFICACIÓN DE LOS ESTADOS INTERSEXUALES.-LAS INVERSIONES PARCIALES. LAS INVERSIONES LATERALES (HEMI-INTERSEXUALIDAD)

Frecuencia y clasificación de la intersexualidad humana.

Si una vez conocidos los caracteres diferenciales de los dos sexos, que hemos estudiado en los capítulos anteriores — y no olvidemos que no son todos, sino sólo los principales — los investigamos sistemáticamente en un gran número de hombres y de mujeres, encontraremos, como ya hemos dicho, que la proporción de seres humanos en los que aparecen mezclados, según dosis diversas, los caracteres de tipo femenino y los de tipo masculino, exceden a cuanto nos pudiéramos imaginar.

Es, pues, preciso realizar el análisis detenido de todos estos caracteres sexuales, funcionales y anatómicos, para descubrir, bajo las apariencias normales, la existencia de este rasgo o de este grupo de rasgos que, sofocados por la sexualidad legítima, nunca nos hubiera inducido a sospechar, a primera vista, la existencia de un estado intersexual. *Tales intersexualidades ocultas son precisamente las más interesantes, pues si bien en nada alteran, en la mayoría de las ocasiones, la conducta psicosexual del sujeto, nos explican, en cambio, modalidades de su psicología y de su patología, que de otro modo quedarían sin interpretación adecuada.* Y, sobre todo, nos demuestran la extensión de la intersexualidad, punto de partida de nuestra concepción de la evolución de las sexualidades.

Para clasificar los numerosísimos estados intersexuales que, ateniéndonos a esta pauta científica, podemos recoger, *hemos de partir, una vez más, del hecho de considerarlos a todos, desde los más netos hasta los más embozados, como formas y grados distintos de*

una misma perturbación orgánica. Unas veces se tratará de un perfecto hermafrodita, en el que desde el ovario-testes hasta el último rasgo sexual nos muestre una casi absoluta bisexualidad. Otras veces, la confusión se limitará a los órganos genitales externos. Otras, a un solo carácter sexual: una mujer que, por ejemplo, exhibe un vello masculino o un hombre con voz de mujer. Pero en la profundidad biológica existirá siempre el mismo hecho de la persistencia de las dos influencias sexuales: la masculina y la femenina. En el hermafrodita, el examen de la glándula germinal basta para comprobar la realidad de este hecho, puesto que aparecen reunidos el tejido testicular y el ovárico (ovario-testes). En los demás casos, esta demostración crucial es difícil de hacer, o decididamente imposible. Pero no por ello es menos segura la coexistencia bisexual, si nos atenemos a los resultados clínicos, que tienen el mismo valor de hechos ciertos, que los hallazgos histológicos. Por lo tanto, nosotros prescindiremos de las clasificaciones corrientes de los estados intersexuales o hermafroditicos en verdaderos y falsos, y nos atenderemos a una pauta meramente clínica, partiendo de aquel hecho de la constancia de la intersexualidad y clasificando las modalidades resultantes según cuales sean los caracteres sexuales principalmente afectados por la inversión. He aquí nuestro esquema:

I. En un primer grupo de casos, la intersexualidad se refiere a los órganos germinales mismos, que aparecen como netos ovario-testes; y, por lo tanto, a la totalidad de los demás caracteres sexuales primarios y secundarios. Son los casos de hermafroditismo.

II. En un segundo grupo, las glándulas germinales conservan aparentemente su diferenciación sexual; y la intersexualidad se refiere principalmente a un orden determinado de los demás caracteres sexuales. Según cuales sean estos caracteres sexuales podremos distinguir, dentro de esta sección, las siguientes subclasificaciones:

a) Si la intersexualidad afecta profundamente a los órganos genitales internos y externos tendremos el Pseudohermafroditismo masculino y femenino.

b) Dentro de esta intersexualidad de los genitales externos puede aislarse un grupo formado por dos formas típicas de retraso en la evolución sexual masculina, que son: el hipospadias y la criptorquidia.

c) Si la intersexualidad se refiere principalmente a los órganos mamaros se producirá la Ginecomastia.

d) Si se refiere principalmente a los caracteres sexuales anatómicos secundarios se producirá la Virilización y Feminización.

e) Si se refiere principalmente a los caracteres sexuales funcionales dará lugar al Homosexualismo y a otras inversiones del carácter, de la conducta, etc.

f) En ciertos casos, la intersexualidad no aparece como estado permanente, sino episódico, en relación con las crisis sexuales: Intersexualidades críticas.

La intersexualidad parcial. — Antes de pasar a la descripción de cada una de estas formas de la intersexualidad, es preciso que dediquemos algunos comentarios a un tipo de la inversión sexual que puede presentarse en cualquiera de las categorías expuestas. Me refiero a las formas que pudiéramos llamar *parciales* de la intersexualidad. Nos explicamos fácilmente que al coexistir en un mismo individuo las dos glándulas endocrinas, aparezcan mezclados todos los signos correspondientes a una y otra influencia sexual. Sin embargo, este suceso es casi teórico. Aun en los casos de hermafroditismo más completo, nunca se presentan reunidos la totalidad de los caracteres masculinos y femeninos. Y en todos los incluidos en las subdivisiones del segundo grupo, se trata, desde luego, tan solo de rasgos aislados o de grupos de rasgos de un sexo que se mezclan con la serie completa de los del otro. La casi totalidad de las formas intersexuales humanas son, por lo tanto, verdaderas *inversiones parciales*. ¿Cómo podremos explicárnoslas?

Advirtamos, ante todo, que el fenómeno de la inversión parcial no es privativo de la especie humana, pues se observa también en los animales afectos de intersexualidad espontánea; y en los ensayos de inversión sexual experimental se ve que, unas veces, la intersexualidad se refiere a un grupo de caracteres, y otras veces, a otro. Por otra parte, PEZARD y GLEY¹ han insistido en que al castrar a un animal, al gallo, por ejemplo, la pérdida de los caracteres masculinos — cresta, órganos erectiles de la cabeza, plumas de la cola, canto, instinto combativo, etc. — en unos animales se hace totalmente, mientras que otros pierden unos caracteres y conservan los demás.

¹ Consúltase toda la fecunda obra de GLEY y sus colaboradores — fecunda hasta por algunos de sus errores, que han suscitado discusiones de incomparable utilidad por la ciencia — en las series de sus trabajos monográficos publicados anualmente (1). Un reciente resumen de la vasta labor: en GLEY (2) y PEZARD (3).

Finalmente, tanto en los animales como en el hombre, dentro de las condiciones normales, los caracteres sexuales, al llegar la época puberal, no brotan a la vez, por el influjo de la increción ovárica o testicular, sino sucesivamente, y con grandes intervalos entre el brote de unos y de otros; y, además, con grandes diferencias en la intensidad de esta evolución, de unos a otros individuos.

Todos estos hechos son variedades del mismo fenómeno, a saber: *que cada carácter sexual tiene, por decirlo así, su evolución propia, disociada de la de los demás.*

Este hecho no debe olvidarse nunca. Él nos da cuenta de la incongruencia con que ciertos patólogos discuten estos casos en los que la inversión no es total, y ponen como argumento, para negar el carácter intersexual de un determinado detalle anatómico, el que el individuo portador de él, sea, por ejemplo, en su conducta psico-sexual, o en el desarrollo de los órganos genitales, perfectamente ajustado a su sexo.

La explicación de esta *evolución aislada* de los caracteres sexuales y de su consecuencia práctica, esto es, de la aparición de las intersexualidades parciales, sólo la entrevemos hoy, a través de hipótesis, en cuya exposición no me puedo detener. Apuntaré tan sólo, que esta explicación puede intentarse en dos direcciones: 1.^a, suponiendo que cada carácter sexual tiene, por predisposición constitucional, una sensibilidad morfogenética distinta, que le permite reaccionar, o no ante cantidades mínimas de la increción testicular u ovárica¹; y 2.^a, suponiendo, como hace años indicamos (7), y recientemente acepta el mismo GLEY (2), que la hormona genital no es un

¹ Esta explicación se relaciona con la teoría de GLEY y PEZARD, de los *seuils différentiels*, es decir, de la distinta sensibilidad de cada carácter sexual ante una misma excitación hormonal. Según estos autores, la excitación de las gonadas — y en general de toda secreción interna — se verifica según una ley que llaman «del todo o nada»: esto es, que se requiere para esa excitación una cantidad mínima y fija de la increción, por debajo de la cual, es inútil del todo, y por encima de la cual, es superflua. Los caracteres sexuales que, según la constitución de cada individuo, tuvieran un «dintel» (seuil) inferior a esta cantidad mínima de increción, no aparecerían, a pesar de existir la increción. En la primera edición de este libro hemos expuesto los argumentos en contra de la ley «del todo o nada», en coincidencia con los de BAUER (4), DOMM (5), BROUHA, SIMONET y MAYER (6) y otros. Ahora me ha parecido mejor abreviar esta cuestión, realmente colateral a nuestro tema.

compuesto químico único, sino que se compone de la reunión de varias hormonas, cada una de las cuales ejercería una actividad diferente, dentro de la total actividad específica; y al alterarse *cualitativamente* esta secreción, en unos casos persistirían, por ejemplo, los elementos excitantes del crecimiento óseo; en otros, los que afectan al auge de vello; en otros, los que influyen al sistema nervioso, etc.; de donde, la gran variedad de cuadros clínicos determinados por una alteración endocrina, al parecer única. Ambas explicaciones están indicadas en HIRSCHFELD (8), que precisamente explicaba la gran variedad de los síndromes intersexuales, o porque cada tejido «reacciona de distinto modo en cada individuo, o bien porque la compleja composición química de las hormonas sexuales es muy distinta de unos sujetos a otros».

Además de estas hipótesis, contamos con otros datos que pueden contribuir a explicarnos la génesis de las intersexualidades parciales. Me refiero a que, *probablemente, en la producción de algunos de los caracteres sexuales intervienen, además de las hormonas gonadales, otras increciones procedentes de las demás glándulas de secreción interna de acción sexual extragonadal* (véase más adelante). Por ejemplo, en el brote del vello viril, en la transformación de la laringe y en otros rasgos masculinos, intervienen, seguramente, las secreciones internas de la corteza suprarrenal y de la hipófisis. Esto admitido, es fácil suponer que un trastorno córticosuprarrenal o hipofisario, pueda hacer brotar los signos sexuales que están bajo la influencia de dichas glándulas, sin que se alteren los demás. La realidad nos confirma esto, enseñándonos que las mujeres que constitucionalmente poseen una corteza suprarrenal muy enérgica, si en el curso de la vida propenden hacia la virilidad, presentan un signo extraordinariamente más desarrollado que todos los demás, que es el hirsutismo.

Intersexualidades unilaterales. — Añade una nueva luz al mismo tema la consideración de otro grupo de estados intersexuales poco estudiado por los autores: *las intersexualidades unilaterales o hemi-intersexualidades*. Como es sabido, se trata de un fenómeno bastante común en las especies inferiores¹. Pero en el hombre son

¹ Sobre todo, es esto demostrable en los insectos. En las aves se han descrito algunos casos, como el famoso pinzón real, de POLL, con testículos y plumas de macho en un lado, y ovarios y plumas de hembra en el otro; o como el

hallazgos rarísimos. Hay, sin embargo, algunos ejemplos, como el caso de BARTOLOTTI (11), en el que, coincidiendo con la atrofia del testículo izquierdo, se observaba una hemiadiposis limitada al lado de la lesión. BAUER (4) y MASZKOWIC (12) describen varios casos de ginecomastia unilateral — sería la forma más frecuente de hemi-intersexualidad en el hombre — o de hirsutismo unilateral. Finalmente, yo he observado dos casos muy típicos de homosexualidad en hombres con una cadera amplia, lampiña y engrasada, francamente feminoide; en tanto que la otra cadera conservaba el tamaño y las apariencias masculinas. En estos casos no se podía apreciar al examen clínico ninguna lesión especial del testículo correspondiente al lado feminizado. También he recogido cuatro observaciones de ginecomastia unilateral, igualmente sin lesión *clínica*, de una de las gonadas. E insisto en lo de *clínica*, porque la apariencia normal del testículo no excluye la posibilidad de una lesión histológica que, naturalmente, no se pudo comprobar ¹.

Son particularmente interesantes estos casos, porque *a primera vista se oponen a la teoría hormonal de la sexualidad*, toda vez que, siendo las hormonas sustancias que circulan por la sangre, según una lógica superficial, debían imponer su influencia en todas las regiones del organismo, y no limitarla a un solo lado ². Sin embargo, el hemi-intersexualismo se acoge bien a la explicación hormonal, sin más que considerarle como una forma parcial de la intersexualidad; admitiendo, por lo tanto, que, además de la excitación química, se requiere una *sensibilidad de los tejidos*, cuya sensibilidad se reduciría, en estos casos, a un solo lado.

faisán de BOND, con plumas entremezcladas de ambos sexos, predominando las de macho en un lado, en el que la gonada era masculina, mientras que en el otro, en el que no había predominio alguno, se encontró un ovario-testes. Véanse, a este respecto, LIPSCHÜTZ (9), ATHIAS (10), etc. Los naturalistas dan a estos casos el nombre de *ginandromorfismo*, palabra expuesta, por su falta de exactitud, a confusiones, por lo que nosotros preferimos decir *intersexualidad unilateral o hemi-intersexualidad*.

¹ Creo que a esta misma categoría de casos de hemi-intersexualidad puede acogerse la observación de LIPSCHÜTZ (9) de atrofia de la vesícula seminal de un lado, en el cobayo y en el ratón, después de la extirpación del testículo de dicho lado.

² CHAMPY (13), por ejemplo, afirma que estos casos «excluyen la explicación hormonal». Para GIARD, citado por CAULLERY (14), estos casos serían también «un obstáculo invencible para admitir la hipótesis hormonal».

El factor constitucional y el hormonal. — Al admitir este factor de sensibilidad prefijada, que obra en colaboración con el hormonal, admitimos también, desde luego, su naturaleza constitucional. Hay tres hipótesis que intentan explicarnos la esencia de esta naturaleza. Una de ellas es la de LIPSCHÜTZ ¹, para el cual existiría una anomalía circulatoria que dificultaría la irrigación de medio lado del soma, y, por lo tanto, la intervención hormonal se haría en este lado insuficientemente. Esta hipótesis suscita la grave objeción de que la supuesta anomalía circulatoria tendría que dar lugar a trastornos tróficos del soma, que, en la realidad, no se encuentran. Otra hipótesis ha sido sugerida por CAULLERY (14): según ella, podría suceder que los centros nerviosos que se erotizan por la increción sexual, estuviesen constitucionalmente predispuestos a una respuesta de tipo intersexual en un lado, permaneciendo normales en el otro. A su vez, los centros nerviosos actuarían sobre la morfología general en sentido intersexual en un lado y en sentido normal en el otro. Finalmente, para BAUER y para HAECKER (citado por BAUER) (4) habría que buscar la explicación en una predisposición intersexual, de origen zigótico-cromosomal, limitada, desde luego, a medio organismo, que sería el que únicamente daría una respuesta ante la excitación hormonal. La intervención del factor constitucional, bien localizándolo en los vasos (LIPSCHÜTZ), bien en los centros nerviosos (CAULLERY), o bien extendiéndolo a todas las células de un lado del soma (BAUER y HAECKER), facilita evidentemente la comprensión de estos curiosos casos.

Cualquiera que sea la explicación, *tenemos que admitir la exis-*

¹ LIPSCHÜTZ (9) se funda, para esta explicación, en la consideración de lo que pasa en los gemelos de la vaca, en los que, cuando pertenecen cada uno a un sexo distinto, es lo común que uno sea francamente masculino, y el femenino más bien hermafrodita. En algunos de estos casos se ha supuesto una anomalía circulatoria que explicaría que el femenino sea irrigado, además de por su propia sangre, por la sangre procedente del masculino, con lo que su feminidad se mezcla con la masculinidad, resultando el estado intersexual. En este libro no queremos hacer una historia detallada del asunto de los gemelos de las vacas, que ha suscitado una copiosa literatura en los últimos años. Porque, aunque el interés biológico del tema es extraordinario, más bien sirve de campo de batalla a los partidarios de las diversas interpretaciones sobre la intersexualidad, que de explicación a ninguno de los problemas que a nosotros, como patólogos, nos interesa. Por otra parte, no tengo ninguna experiencia personal sobre el asunto.

tencia de una forma de intersexualidad unilateral, variedad de las intersexualidades parciales, que contribuye a enseñarnos que la sexualidad no evoluciona en bloque, sino fragmentariamente.

Quiero anotar, por fin, otro concepto de interés para la comprensión de los sucesivos capítulos: en muchas ocasiones, un determinado carácter sexual — por ejemplo el vello puberal — no presenta los caracteres típicos de la masculinidad ni tampoco los típicos de la feminidad, sino solamente una aproximación hacia los de uno u otro sexo. Por esta razón, empleo muchas veces las palabras *viriloide* y *feminoide*, en lugar de *viril* y *femenino*, indicando así esa modalidad, no completamente diferenciada de ciertos caracteres sexuales.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) GLEY: *Travaux de Laboratoire*. París. 8 volúmenes.
- (2) GLEY: *Les grands problèmes de l'Endocrinologie*. París, 1926.
- (3) PEZARD: *Caractères sexuels secondaires*. En *Traité de Physiologie normale et pathologique*, de ROGER et BINET. XI. París, 1927.
- (4) BAUER: *Fisiología, Patología y Clínica de las Secreciones Internas*. Edición española. Javier Morata, Madrid, 1929.
- (5) DOMM: Journ. of. Exp. Zoolog. 1927, **48**, 31.
- (6) BROUHA, SIMONET et MAYER: C. R. de la Soc. de Biol. 1927, **97**, 684, 686.
- (7) MARAÑÓN: La Medicina Ibero, 1928, **22**, 419.
- (8) HIRSCHFELD: *Sexual Pathologie*. II. Bonn, 1918.
- (9) LIPSCHÜTZ: *Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Edic. esp. Javier Morata, Madrid, 1928.
- (10) ATHIAS: *Caractères sexuels*. Lisboa, 1923.
- (11) BARTOLOTTI: Rif. Médica. 1913, **29**, 29.
- (12) MASZKOWIC: Gesells. der Aerzt. Wien. Jan. 1927. Ref. en Klin. Woch. 1927, **1**, 622.
- (13) CHAMPY: *Caractères sexuels et hormones*. París, 1924.
- (14) CAULLERY: *Les Problèmes de la Sexualité*. París, 1913.

CAPÍTULO XIII

LA HOMOSEXUALIDAD COMO ESTADO INTERSEXUAL

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA HOMOSEXUALIDAD. — La idea de incluir la homosexualidad entre los estados intersexuales, supone un enorme progreso en la comprensión de esta anomalía del instinto. Progreso no solamente científico, sino social y moral. Durante casi toda la historia de la Humanidad, la homosexualidad ha sido considerada, torpemente, como un crimen, y penada con los castigos más atroces. Nada menos que el fuego de Dios fué la sanción impuesta a Sodoma y Gomorra, y el texto bíblico está lleno de este espíritu ¹. Y hasta bien entrada la Edad Moderna se seguía que-
mando vivos en todos los países a los reos de este llamado «pecado nefando» en la terminología española. Dice BLOCH (1) que España fué una de las primeras naciones que borraron esta salvajada de sus códigos ². Debemos enorgullecernos de ello, pues no sólo se

¹ «El que tuviere ayuntamiento con otro varón y mujer con mujer, aberración hicieron; entrambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre.» (*Qui dormierit cum masculo coitu femineo, uterque operatus est nefas, morte moriantur; sit sanguis eorum super eos.*) (LEVÍTICO, XX, 13.)

² No he podido averiguar cuándo desapareció exactamente esa pena en España. Todavía se aplicaba en el siglo XVIII. Probablemente, correspondería a la aparición del Código napoleónico en Francia. Sobre la historia de este asunto en Portugal, con muchos datos de interés general, véase el estudio de MONTEIRO (2). Nuestro antiguo Código penal no castiga concretamente el homosexualismo. Los artículos 453 y 454 se refieren a la violación y a los abusos deshonrosos, pero sin especificar que el sexo pueda ser homólogo o heterólogo. Esta doctrina se modifica en el nuevo Código penal aprobado este año por la llamada Asamblea Nacional (art. 759). Contrasta la actitud de nuestra legislación

trata de una insensatez en el terreno científico, sino, socialmente, de una táctica, a más de inhumana, notoriamente contraproducente, dada la peculiar psicología de los homosexuales. Ellos creerán siempre que es Platón y no el juez el que tiene razón. Y, prácticamente, es indudable el recrudecimiento de la homosexualidad después de los procesos contra los invertidos que han escandalizado por su rigor: el ejemplo más neto es el de la condena de OSCAR WILDE, responsable de una buena parte de la boga actual del homosexualismo.

Aun antes de los datos que hoy poseemos sobre la bisexualidad como realidad experimental, bastó que el hombre mirase el problema del amor entre gentes del mismo sexo a través de un pensamiento científico, para que distinguiese con toda claridad que el hombre que busca a otro, o la mujer a otra mujer, son seres tan

regular con la pertinacia incomprensible con que siguen manteniendo la teoría del delito homosexual los Códigos de Suiza, Alemania e Inglaterra. En este último país la pena infligida a los homosexuales es la de trabajos forzados desde dos años a perpetuidad. La ferocidad con que se aplica se hizo universalmente patente en el famoso proceso de OSCAR WILDE, en el que, ni aun la calidad reconocida de gloria nacional del inculpado, sirvió de atenuante. Mucho más modernamente otro juez londinense decretó la destrucción del libro de HAVELLOCK ELLIS sobre la *Inversión sexual*.

En un reciente y hermoso libro de JIMÉNEZ DE ASÚA (3) se encuentran datos sobre las gestiones, hasta ahora sin resultado, que espíritus generosos como GAUTIER e HIRSCHFELD han emprendido para revocar este estado de cosas en Suiza y Alemania. Todavía, en el *II Congreso Internacional de Sexuología y Reforma Sexual*, celebrado en Copenhague en Julio de 1928 (4), se ha proseguido esta campaña. En este Congreso PASCHE OSERSKIC refirió la supresión de esta pena en el nuevo Código de la Rusia soviética. En cambio, Italia, bajo el régimen fascista, se ha separado del espíritu común a los países latinos, y desde 1927 admite el delito de la homosexualidad. Véase también a este respecto, la monografía, completísima de información y de certera crítica de RUIZ-FUNES (5).

Claro es que esta noble y comprensiva reforma no implica ni mucho menos la tolerancia ante el escándalo homosexual. Pero esto es cuestión de Policía. Ningún escándalo de índole sexual es tolerable, sea normal o anormal el impulso que lo motiva. La naturaleza de este impulso sólo puede juzgarla el hombre de ciencia.

Desgraciadamente, en España — posiblemente ocurrirá otro tanto fuera de aquí — las costumbres policíacas no suelen hacer honor a la elevación de miras de nuestra legislación. La Policía suele infligir, ya que no penas graves, mortificaciones depresivas, y, sobre todo, contraproducentes, a los homosexuales cogidos en las «redadas» que de vez en cuando se organizan para su caza.

fieles a su instinto como aquellos que buscan a los del sexo contrario. La diferencia estriba en que, en el primer caso, el instinto está torcido. El invertido es, pues, tan responsable de su anormalidad como pudiera serlo el diabético de su glucosuria.

En otro lugar he dicho que «cada cual, en este mundo, no ama lo que quiere, sino lo que puede». El papel de la sociedad, por lo tanto, frente al problema de la homosexualidad, es estudiar los orígenes profundos de la inversión del instinto para tratar de rectificarlos. En modo alguno castigar al homosexual: siempre que no sea escandaloso. En los libros dedicados a esta cuestión, se describen minuciosamente los antecedentes al estado actual de nuestros conocimientos sobre la homosexualidad, basados en su relación con la intersexualidad original del ser humano ¹. La época verdaderamente científica comienza con HIRSCHFELD (7 y 8), cuyas ideas fueron aceptadas y difundidas por los dos sexuólogos de más dilatado público de su tiempo, H. ELLIS y BLOCH; y, posteriormente, por la gran falange de los endocrinólogos, sobre todo a partir de los conocidos estudios experimentales de STEINACH, GLEY y PEZARD, LIPSCHÜTZ, etc. Es, en cambio, digno de notarse la actitud de algunos psicólogos y psiquiatras que se han obstinado en no fijar, hasta muy recientemente, su atención en el aspecto endocrino y cromosomal del problema, que es donde está, sin duda, su raíz.

HOMOSEXUALIDAD E INTERSEXUALIDAD. — En la actualidad no puede dudarse de que la homosexualidad es un fenómeno condicionado por un estado de bisexualidad del organismo en que se presenta: *un verdadero estado intersexual, por lo tanto* ² *con la peculiari-*

¹ Es imposible citar en este libro la enorme bibliografía actual sobre la homosexualidad. Bibliografía, en verdad, más abundante en contribuciones arbitrarias o de solapada pornografía que en documentos verdaderamente científicos. Los volúmenes de conjunto más útiles son los de HAVELLOK ELLIS (6) y BLOCH (1). Otros estudios monográficos se irán citando en el trascurso de este capítulo.

² ULRICH — juez por cierto e invertido — fué el primero que explicó la homosexualidad como una *anima mulieribus in corpore virile inclusa* (1862). Después, KIERMAN (1884), LYDSTON (1892), CHEVALLIER (1893) y LETAMENDI (1894) explicaron la homosexualidad basándose en la bisexualidad del organismo. Este punto de vista tan certero de nuestro ingenioso compatriota debe ser consignado y valorado a favor suyo, ahora que tanto se le discute. De los psiquiatras recientes, ha sido STEKEL (9) el que decididamente ha fundado su concepción de la

dad de que el trastorno funcional es mucho más intenso que el anatómico, a diferencia de todos los demás estados intersexuales que estudia la Medicina. Este predominio de la alteración funcional del trastorno de la libido *nos indica, por otra parte, la colaboración fundamental que en su patogenia hemos de dar a los factores psicológicos*, en cuya explicación no entraremos por ahora. Esta afirmación nos pone, de una vez para siempre, al margen de las censuras, que muchos psicólogos, pedagogos y sociólogos dirigen a los médicos por su intento de explicar estos complejos estados del espíritu por el mero juego químico de las hormonas. Las hormonas no lo son todo. Pero sí mucho; y lo inadmisible es prescindir de su intervención. Luego volveremos sobre todo esto.

La *teoría intersexual* ¹ del homosexualismo se funda en los hechos siguientes:

1.º La libido, energía de infinita complicación orgánica y psicológica, es una fuerza *originariamente* desencadenada por un fenómeno químico, hormonal, a saber: la increción testicular en el macho y en la increción ovárica en la hembra. De tal suerte, que si se cambia a un organismo, por medio de injertos heterosexuales, sus glándulas germinales, el instinto cambiará también, apareciendo la tendencia hacia el macho, en el macho injertado de ovario, y la tendencia hacia la hembra, en la hembra injertada de testículo. Así, pues, *a priori*, es lógico admitir que un hombre que se siente atraído por otro hombre está sometido a una influencia erótica de sentido femenino; y que una mujer de tendencia homosexual está influenciada por una increción de sentido viril.

homosexualidad en la primitiva bisexualidad (intersexualidad) del organismo. Según él, posteriormente, la tendencia heterosexual domina a la homosexual en los seres normales o predomina la homosexual y se establece la inversión. Pero quedaría siempre reprimida la otra tendencia, por lo que todo heterosexual puede ser, ocasionalmente, homosexual; como todo homosexual puede recobrar temporalmente su heterosexualidad (por ejemplo, bajo la influencia del alcohol o de los sueños).

¹ Decimos *teoría intersexual* en el sentido explicado de suponer al homosexualismo una base orgánica, de indiferenciación de la sexualidad; por oposición a las *teorías morales y jurídicas*, que consideraban a la homosexualidad como un pecado y un delito, y a las *teorías exclusivamente psicológicas*, según las cuales se trata de un estado degenerativo puro, tal como lo admitía — al principio — KRAFT-EBING (10). Todas ellas son ya teorías históricas.

2.º STEINACH creyó haber encontrado en el testículo de los homosexuales la prueba decisiva de esta bisexualidad de la gonada¹. Otros autores no han comprobado estos hallazgos². Pero es necesario insistir mucho sobre el hecho de que el que nuestros métodos histológicos actuales no descubran la bisexualidad de la gonada, no equivale a decir que ésta no existe. *La increción, en efecto, es un hecho químico, cuya relación con el hecho histológico conocemos sólo imperfectamente.* En el porvenir el estudio directo de las hormonas en la sangre tal vez nos lleve a la solución objetiva de este problema, que dilata las posibilidades histológicas.

3.º Varios autores han tratado de combatir la homosexualidad, sustituyendo los testículos del invertido por otros de hombre sano³, o por el injerto de testículo de mono en el del paciente, según la

¹ STEINACH (11), en efecto, ha descrito en el testículo del hombre homosexual, en su tejido intersticial, un cierto número de células grandes, epitelioides, que recuerdan a las células luteínicas del ovario. La tendencia homosexual sería debida, según este autor, a las hormonas elaboradas por estas células, a las que llamó *F-zellen*. También encontró en la gonada del homosexual atrofia más o menos intensa del epitelio de los conductos seminíferos.

² Por ejemplo, BENDA (12), HIRSCHFELD (13), STERNBERG (14). Parece evidente que se trata de un error histológico de STEINACH.

³ El caso más conocido es el de STEINACH y LICHTENSTERN (15), en el que se hizo la castración de un homosexual e implantación del testículo de un hombre normal con excelente resultado, corroborado por LIPSCHÜTZ (16), que observó al paciente antes y después de la intervención. Otros autores han confirmado estos mismos efectos. Pero otros los niegan apasionadamente, entre ellos BAUER (17), que cita, en apoyo de su punto de vista negativo, dos casos muy interesantes: uno de KREUTER, que en un hombre normal castrado implantó el testículo de un homosexual, observando que aparecía la libido antes ausente, pero no en sentido homosexual, sino normal; y otro de FISCHER, que en un eunucoide sin libido implantó un testículo normal, apareciendo un impulso sexual invertido. Según BAUER, estos dos ejemplos demuestran que la tendencia normal o la homosexual depende de la predisposición del soma, y la secreción testicular no puede modificarla, ya proceda de una glándula normal o no. En el mismo sentido hablaría un caso nuestro de homosexualidad, en el que un injerto de testículo de mono, aumentó la libido, pero en sentido homosexual. Pero es evidente que en la actualidad es aventurado sacar conclusiones de estos casos de trasplatación, ya que los resultados están enormemente influidos por el factor sugestivo. Es curioso anotar que BAUER, que justamente invoca este factor sugestivo para quitar valor a los casos de curación, lo olvida, sin embargo, al interpretar los de KREUTER y FISCHER, que favorecen su modo de pensar.

técnica de VORONOFF¹, con resultados favorables, aunque todavía no exentos de crítica.

4.º Es evidente que *en un gran número de homosexuales se puede descubrir, junto con la inversión del instinto, una significativa inversión paralela de los caracteres somáticos.* En primer término, recordemos que la inversión de la libido no coincide, en general, con las formas intensas de la inversión orgánica (hermafroditismo, pseudohermafroditismo, virilismos y feminismos muy acentuados), sino con las formas discretas de aquélla: en los capítulos correspondientes hemos intentado una explicación de este hecho. Hay, pues, que buscar en el homosexual, no los grandes síndromes, sino los *pequeños signos* de la intersexualidad.

En un número considerable de homosexuales que en estos últimos años hemos examinado, hemos emprendido este estudio sistemático con los resultados siguientes:

El *esqueleto* muestra, a veces, alteraciones varias, tendiendo a los caracteres heterosexuales: en la mujer, al vigor del masculino; en el hombre, a la gracilidad femenina o a su próximo estado, la adolescencia. Es especialmente significativo el ensanchamiento anormal de la pelvis del varón con relación al diámetro de la cintura escapu-

¹ En dos homosexuales, de mi práctica reciente, he sugerido la realización de un injerto, según VORONOFF, realizado por mi colaborador el Dr. FERRERO. En el primero, homosexual típico, con proporciones eunucoides, la tendencia irresistible de su libido hacia el hombre se modificó completamente después de la operación y se mantenía normal a los seis meses. En el otro — el aludido en la nota anterior — se trataba de una homosexualidad también indudable con signos esqueléticos eunucoides y rasgos de feminidad orgánica hemilaterales. A los tres meses de la operación su libido había aumentado, *pero en el mismo sentido homosexual*. El propio enfermo, sin embargo, se daba cuenta de que en este resultado, al parecer contraproducente, podía haber influido una determinada circunstancia social que servía de acicate a su inversión. Posteriormente hemos hecho repetir la misma operación en un eunucoide adulto sin libido, obteniendo la aparición de una libido normal que persistía dos meses después, en que perdimos de vista al operado. *Interpreto desde luego estos resultados con toda clase de reservas críticas.* Para algunos autores sería inútil todo intento de implantación sin realizar antes la castración del homosexual. Al olvido de esta castración se debería, según ellos, el fracaso de muchas intervenciones. Sin discutir la razón teórica de este punto de vista, yo no me determinaría nunca a aconsejar el llevarla a la práctica.

lar. WEIL ¹ ha demostrado que este ensanchamiento se acerca al de la mujer. En varios de mis casos, la amplitud pelviana era tan pronunciada, que se apreciaba a simple vista. *Dos veces* ², *la amplitud femenina de la pelvis era sólo unilateral*. Recordemos la influencia que esta disposición esquelética tiene en la marcha afeminada, tan común en los homosexuales.

Muy frecuentemente se observa la misma disposición — feminoide en hombres invertidos o viriloide en mujeres invertidas — en lo que atañe a la proporción recíproca entre la longitud del esqueleto superior y el inferior, proporción que difiere, como es sabido, en ambos sexos. Estos datos hay que obtenerlos muchas veces mediante mediciones que pueden descubrirnos la existencia de la intersexualidad orgánica en sujetos que, al ojo vulgar, parecían completamente normales.

Según mi experiencia, *la homosexualidad masculina se da muchas veces en sujetos de altura desmesurada, de proporciones eunucoides o francamente gigantescas*; punto éste sobre el que los autores no llaman suficientemente la atención. *Estos homosexuales gigantoides fueron casi siempre en su pubertad obesos y de desarrollo genital tardío*, como es fácil comprobar por sus referencias, y a veces, por retratos de esa época ³.

¹ Las primeras observaciones sobre este punto son de HIRSCHFELD. Pero quien más detalladamente lo ha estudiado es WEIL (18).

² En el capítulo VII citábamos un solo caso de esta forma de hemi-intersexualidad de la cadera; el segundo lo hemos observado durante la impresión de este libro.

³ Un ejemplo muy típico es el de Oscar Wilde. Según todas las referencias de sus más íntimos amigos, e incluso de los médicos que le trataron, era de constitución normal. Sin embargo, un observador no médico, pero de penetración genial, BERNARD SHAW, descubre el elemento orgánico, calificando a su madre de acromegálica y a él de gigante. «Nunca me fijé — dice — en los pies de lady Wilde; pero sus manos eran enormes, y el gigantismo de sus manos se repetía en su región dorsal». Para apoyar su diagnóstico de acromegalia copia la definición de esta enfermedad «tomada de la Enciclopedia más próxima». Y luego añade: Pues bien, este mismo excesivo crecimiento se podía observar en Oscar, *con algo que no era normal del todo en su talla*, algo que hizo que lady C. Campbell, que le detestaba, le llamase «gruesa oruga». «Yo he sostenido siempre que Oscar era un gigante en el sentido patológico de la palabra, y *esto explica una buena parte de sus debilidades*» (19). Las frases que he subrayado hacen honor a la perspicacia del gran escritor inglés.

En tres casos de quince homosexuales varones examinados, a este respecto, he comprobado la *disposición feminoide de los dientes*, descrita por DOBROWSKI, es decir, el mayor desarrollo de los incisivos medios, con relación al desarrollo de los caninos. En las mujeres homosexuales he anotado la excesiva separación de los incisivos medios superiores.

El *sistema piloso* afecta la disposición feminoide en el 75 por 100 de los hombres homosexuales examinados por mí (escasez o ausencia de vello en el tronco y piernas, barba escasa, implantación feminoide del cabello en la frente y en la nuca, retardo excesivo en el brote del vello, etc. Mi experiencia es concluyente en este punto concreto). Otras veces, *el homosexual es, desde el punto de vista tricósico, normal, o bien reciamente velludo; pero, aun en estos casos, la aparición de su sistema piloso fué muy tardía*. La disposición viriloide en la hembra la he comprobado en el 42,5 por 100 de los casos examinados, incluida la implantación del cabello en la nuca ¹.

La voz es, con frecuencia, atenorada en el varón homosexual, aunque puede pertenecer también a los registros profundos. Pero aun en estos casos, según mi experiencia, *estos individuos poseyeron en su pubertad y juventud voces muy agudas*, que no raramente cultivaron. Es decir, el mismo desarrollo tardío que acabamos de indicar para el sistema piloso. BLOCH ² cita casos análogos.

En la mujer homosexual, la voz es muchas veces de tono grave. FLATAU (20) ha examinado, por consejo de MOLL, la laringe de gran número de mujeres homosexuales, encontrando que, en su mayoría, era de constitución, o al menos de tendencia, masculinas ³.

¹ Téngase siempre en cuenta que el material de mujeres homosexuales es mucho menos abundante que el de hombres; no, probablemente, porque la homosexualidad femenina sea más escasa, sino porque la mujer, por razones diversas, confiesa esta perturbación con mucha más dificultad que el hombre, como ya indicó H. ELLIS (6).

² BLOCH (1) dice textualmente: «El cambio de voz, en el hombre homosexual, no se presenta o se presenta muy tarde». «Otros homosexuales que no cambiaron de voz pueden, a fuerza de ejercicio, hacerla más grave».

³ Madame de Maupin, que sirvió a TH. GAUTIER de modelo para la protagonista de su novela *Mademoiselle de Maupin* (una homosexual), tenía en la vida real una excelente voz de contralto que gustaba de lucir en público. Era una homosexual bivalente, pues tuvo también varias relaciones conocidas con hombres.

La *piel* del hombre homosexual suele ser delicada y feminoide, aun en los casos con gran pilosidad. Por lo menos, estos caracteres, llamativamente feminoide, fueron muy netos en la adolescencia ¹.

HIRSCHFELD (8) ha hecho la observación de que la piel de los hombres homosexuales suele ser *más caliente* que la de los normales. Cito este dato, porque coincide con experiencias de LIPSCHÜTZ (16) demostrando que la extirpación del ovario en la hembra hace bajar la temperatura de su cuerpo, lo cual no ocurre en el macho cuando se le extirpa el testículo. Si a la hembra castrada y «enfriada» se le injerta un testículo, la hipotermia se acentúa ².

El mismo HIRSCHFELD anota la frecuencia de la *ginecomastia* en los hombres homosexuales, lo cual yo no he podido comprobar, pues ni la he visto en mi serie de homosexuales, ni uno sólo de los hombres con ginecomasia que he examinado, tenía tendencias homosexuales ³.

Por fin, en un número muy grande de homosexuales, los *caracteres funcionales del sexo* — fuera del instinto — muestran una neta tendencia inversiva, ya acompañando a los signos somáticos de inversión, que acabamos de considerar, ya sin este acompañamiento. Son especialmente característicos los *ademanos, gestos y actitudes, sobre todo, los de las manos*, cuyo acento sexual he hecho resaltar tantas veces. El valor de estos signos es tan manifiesto, que basta en muchas ocasiones para denunciar la anomalía del instinto, o para ponernos sobre su pista. Obsérvese que estas actitudes o gestos del hombre homosexual no corresponden exactamente a los de la mujer; son, por decirlo así, *más estilizados* que aquéllos, llegando, a veces,

¹ BLOCH (1) coincide con esta observación. Refiere que asistió en Berlín a un baile de homosexuales, todos los cuales estaban escotados y era general la apariencia femenina de la piel de los hombros, dorso y pecho, «sin los granillos y acné tan frecuentes en los hombres normales». Recuérdese que la abundancia de las glándulas sebáceas cutáneas tiene un sentido viriloide.

² Sin embargo, las investigaciones posteriores de BORMANN, BRUNNOW y SAVARY (21) demuestran que, midiendo en condiciones de técnica irreprochable las temperaturas, no hay diferencia alguna entre los dos sexos.

³ En todos los libros que tratan de la ginecomastia se repite una cita de PABLO DE EGINA, según la cual el brote de las mamas en el hombre era muy frecuente entre los griegos; pueblo — recuérdese — donde la homosexualidad masculina adquirió el auge de todos conocido.

a caricaturizarlos; por eso son tan fáciles de imitar. Por el contrario, en muchas mujeres homosexuales, los ademanes, la marcha, la brusquedad general de los movimientos, son de acento netamente viril.

En cierto número de homosexuales, la apariencia invertida se acentúa por la adopción de vestidos, adornos y detalles, cosméticos correspondientes al sexo contrario ¹.

Al lado de estos homosexuales, con signos más o menos discretos de intersexualidad física, *hay otros, es cierto, en los que un examen detenido no logra descubrir el menor vestigio de intersexualidad*. «Son hombres o mujeres exactamente iguales a todos los demás», dicen varios de los autores que se han ocupado de la cuestión ². Hay que reconocerlo así; pero con la salvedad de que bastantes homosexuales considerados como físicamente normales, lo son a un simple examen empírico, *pero no a una investigación detallada de su sexualidad*, como en varias ocasiones he podido comprobar.

De todas suertes, sin pretender dar cifras exactas, que en estos casos encubren, bajo la apariencia del rigor científico, una manifiesta falsedad puesto que el examen completo de los individuos homosexuales se logra en pocas ocasiones, podemos afirmar que, *por lo*

¹ HIRSCHFELD (22) ha pretendido crear un grupo especial, dentro de la homosexualidad, con estos sujetos «disfrazados» (Travestisten), que hacen una vida sexual normal. Pero otros autores, como STEKEL (9), han criticado justamente este punto de vista, demostrando que un análisis profundo de tales individuos acaba por descubrir signos inequívocos de homosexualidad más o menos reprimida. Recientemente he tenido ocasión de observar un caso muy demostrativo. Un muchacho que desde la niñez y durante toda la adolescencia muestra inclinación hacia el uso de vestidos femeninos. Aun en su juventud, alejado ya de esta costumbre, gusta de exhibir bordados en su ropa íntima. Su actitud sexual ha sido siempre correcta. Pero al comienzo de la madurez sorprende por una aventura homosexual escandalosa. Evidentemente, su «disfracismo» era la expresión de una inversión del instinto, sofocada hasta que tuvo una ocasión propicia de manifestarse. El estudio morfológico detallado de este individuo demostró la existencia de varias características anatómicas de intersexualidad, no apreciables al examen superficial.

² «No podemos en modo alguno aceptar que los homosexuales constituyan un grupo con características distintas de las de otros individuos», dice, por ejemplo, FREUD (23). Con esta afirmación contrasta, sin embargo, la siguiente de HIRSCHFELD (7): «Entre 1.500 homosexuales no he encontrado ni uno solo al que no haya podido distinguir física o moralmente del hombre verdadero».

menos, dos tercios de los hombres homosexuales presentan signos físicos de intersexualidad. Para las mujeres homosexuales, esta proporción es, según todas las probabilidades, mucho más reducida; es decir, es mucho mayor el número de mujeres de morfología normal con instinto invertido; lo cual se explica, porque en ellas, esta inversión está más cerca de la fisiología que en el hombre.

Y ahora queremos insistir mucho en que esta estadística aislada no da más que una idea incompleta de la relación de los estados de intersexualidad orgánica en el homosexualismo. *Hay, en efecto, que informarse de lo que ocurrió en la época puberal.* Porque todos estamos conformes en que es en estos años cuando se manifiesta de preferencia la desviación funcional del instinto; y esta observación coincide con la frecuencia con que en esa edad puberal se manifiestan muchos estados orgánicos, pero pasajeros de intersexualidad, de tipo feminoide, a favor de los cuales se elabora la perversión. Por eso hemos insistido antes en *que bastantes hombres homosexuales, cuyo esqueleto, cuyo sistema piloso, cuya voz, etc., son, en el momento del examen, perfectamente varoniles, tuvieron una pubertad de desarrollo perezoso, feminoide;* dato de inapreciable valor, para juzgar la génesis de su perversión ¹.

CONSTITUCIÓN Y CAUSAS DETERMINANTES. — Con estas ampliaciones el número de homosexuales con signos morfológicos de intersexualidad, se acerca al 100 por 100. *Pero el gran problema de la homosexualidad no queda resuelto, admitiendo que la perversión del instinto coincide con un fondo de bisexualidad orgánica. El problema es mucho más complejo que lo que haría suponer este esquema de la existencia de una hormona femenina en el invertido, o de una hormona masculina en la invertida.*

Bastaría para demostrarlo, el hecho de que, existiendo signos de intersexualidad en tan gran número de seres humanos, que algu-

¹ «Todo homosexual — dice acertadamente HIRSCHFELD — fué algo extraño en su pubertad». Para no dar un valor excesivo a la independencia entre la inversión de la libido y la inversión anatómica en un momento dado de la existencia, hay que recordar, además, el dato recogido por STEINACH, SAND y MOORE — que LIPSCHÜTZ (16) anota — de que en los machos experimentalmente feminizados, la inversión morfológica y la funcional no se hacen paralelamente, sino que aparece la inversión del instinto mucho antes de que broten las mamas y los demás caracteres anatómicos del trastorno.

nos autores han llegado a afirmar que las sexualidades puras son enteramente míticas, el homosexualismo es, por fortuna, un hecho relativamente raro en la especie humana ¹. Y es muy importante recalcar esta noción, porque entre el vulgo — incluido el vulgo de los letrados — *es frecuente confundir la intersexualidad con el homosexualismo, e interpretar la afirmación de los modernos biólogos, de que la intersexualidad es un fenómeno casi universal, como equivalente a que todos los hombres son, o poco menos, homosexuales.* Nada más lejos de la verdad, como acabamos de ver ². *El concepto del intersexualismo es infinitamente más dilatado que el de la homosexualidad.* El mismo fenómeno, ya comentado, de que la homosexualidad corresponda, en general, a las pequeñas y no a las intensas formas de la intersexualidad morfológica, es también muy significativo, en el sentido de su relativa mutua independencia.

Todo esto nos indica que *si la bisexualidad hormonal es una condición necesaria para el desarrollo de la homosexualidad, no bas-*

¹ HIRSCHFELD (7) da para Alemania la cifra de un 5 por 100 de homosexuales en relación con la población total. La misma proporción encuentra H. ELLIS (6) para «las clases liberales, instruidas y medias de Inglaterra». En los países latinos (por lo menos en España) puedo afirmar que la cifra de homosexuales es muchísimo menor, como ya lo hacía constar en mi prólogo a la edición española del libro de BLOCH (1); y, a partir de esa fecha, mi nueva experiencia me hace ratificar aquella afirmación. En la Dirección General de Seguridad (Madrid) me han facilitado amablemente los datos oficiales sobre el número de invertidos registrados en los archivos policíacos, y este número es sólo de 687 por toda España. Evidentemente se trata de una cifra lejana de la real; formada, sin duda, con los casos de tipo escandaloso. Faltan además muchas provincias. La cifra de homosexuales en Madrid es, oficialmente, 298, o sea un 0,02 por 100. Las principales cifras las dan las siguientes poblaciones: Madrid, 298; Barcelona, 172; Sevilla, 30; Málaga, 29; Valencia, 23; Cádiz, 15; Murcia, 13; Cartagena, 12. De todos modos, aun con las salvedades expuestas, es notorio el menor número de invertidos, con relación a otros países centroeuropeos. Esta evidente superioridad de las razas latinas es reconocida por todos los tratadistas, siendo muy curioso el comentario de BLOCH. «La prueba — dice — de que el homosexualismo no es una degeneración, es que es más frecuente en las vigorosas razas germanas y sajonas que entre los latinos.» Partir de la propia superioridad como hecho incontestable para medir con este rasero las virtudes y defectos universales es, evidentemente, cómico.

² Al hablar de homosexuales, me refiero, naturalmente, sólo a aquéllos en los que la inversión del instinto es un fenómeno evidente y consciente, hayan o no tenido relaciones homosexuales. Porque si admitimos los puntos de vista de algu-

ta, sin embargo, para que la homosexualidad se produzca. Una mujer estrictamente femenina, y sobre todo, un hombre estrictamente viril, son, creo yo, fundamentalmente incapaces, mientras no enfermen, para la homosexualidad. Basta, en cambio, una impureza en la plenitud del sexo, para que la homosexualidad se haga posible. Mas siempre será preciso que sobre el terreno adecuado colaboren otros factores que vamos a detallar ¹.

Según esto, *puesto que la intersexualidad orgánica es tan frecuente, la mayoría de los seres humanos, probablemente todos, tendrían una aptitud primaria para la homosexualidad, que luego se desarrollaría o no*. Es preciso admitirlo así. Y lo prueba el hecho de que en los años de la última infancia y de la pubertad, se observan, por una parte, frecuentes formas de intersexualidad orgánica, que más adelante serán estudiadas; y, a la vez, una típica forma de indiferenciación, de bipolaridad sexual de la libido, esto es, de dirección indiferente hacia cualquiera de los dos sexos e incluso de tipo

nos psicoanalistas para los que en multitud de episodios de la vida sexual habitual hay un secreto e inconsciente fondo homosexual, el número de éstos sería enorme. Luego veremos que hay una porción de actitudes del instinto y de la conducta ligada al instinto de evidente carácter intersexual; pero esto no se puede llamar homosexualidad, ni siquiera «latente» o «eunucoidea», como dice STEKEL (9). Otra aclaración: nos referimos exclusivamente al organismo adulto; porque en la época de indiferenciación de la libido, antes de la pubertad, y mucho más durante ésta, la tendencia inespecífica de la libido es, desde luego, de tipo indeterminado y, por lo tanto, facultativamente homosexual, en la inmensa mayoría de los seres humanos. Esta es la conclusión de la obra de FREUD y los suyos. El citado STEKEL dice textualmente: «Yo no he analizado *ningún hombre* en el que no haya podido encontrar, durante su juventud, señales claras de homosexualidad». Pero me parece también excesivo llamar *homosexual* a esta conducta juvenil sin fijación sexual específica, que puede ser tanto homosexual como heterosexual. Una cosa es la predisposición y otra la homosexualidad establecida, como veremos ahora mismo.

¹ Al hablar ahora de bisexualidad hormonal como factor predisponente, no prejuzgamos que en esta predisposición intervenga, a más del factor endocrino, un factor zigótico-cromosomal; es decir, una dirección bisexual imbuída en cada célula desde el soma. Es posible, como luego veremos, que así sea; pero la influencia hormonal condiciona incluso la supuesta predisposición zigótica, por lo que, prácticamente, es la que nos interesa. Más adelante estudiaremos el problema de la recíproca influencia del factor zigótico y del hormonal en la génesis de la sexualidad normal y patológica.

autoerótico, que todos los autores están conformes en admitir ¹. Pero — repitámoslo — la predisposición no es la homosexualidad.

No es preciso, sin embargo, acudir a la opinión de los demás. Basta evocar nuestros propios recuerdos, la experiencia de los años escolares, iluminada con la luz de ahora, para que cada cual tenga la íntima seguridad de que los primeros pasos de su libido fueron unos pasos vacilantes. Una fuerza que se disparaba sin objeto; hasta que después se fueron precisando, a un tiempo, el blanco y la puntería.

LA ESPECIFICACIÓN DEL OBJETIVO SEXUAL. — *¿Cómo se verifica este proceso de especificación del objetivo sexual, al principio indeterminado?* Este es el punto que tenemos que comentar previamente antes de interpretar la tendencia homosexual misma.

A mi juicio, dicho proceso de diferenciación sexual del objetivo erótico, pasa en el hombre normal y civilizado por los grados siguientes: Primero, el impulso inespecífico, común a los dos sexos, se diferencia en el sentido de que el propio sexo pierde su poder de

¹ «Cada hombre — decía W. JAMES (24) — posee el germen potencial de los dos sexos.» «Cuando el instinto sexual aparece en la infancia — afirma H. ELLIS (6) — parece mucho menos especializado que lo estará algunos años después. El sexo de su objetivo es frecuentemente incierto.» Este autor cita varios testimonios más en el mismo sentido, siendo singularmente demostrativo el de DESSOIR, para el que «un sentimiento sexual no diferenciado es normal, por término medio, durante los primeros años de la pubertad; es decir, de trece a quince años en los muchachos y de doce a catorce en las muchachas. Después ya debe considerarse como patológico». BLOCH (1) añade por su parte: «La bisexualidad, cuando más se manifiesta, es en el período de la pubertad, en ese período de las incertidumbres, de los impulsos y de los anhelos; el período llamado indiferente que precede al completo despertar del impulso sexual. A la bisexualidad psíquica corresponde, a menudo, la física: un ligero matiz de doncellez virginal en el niño y algo de niño en la niña.» (Luego vere nos que lo subrayado no es exacto.) De los autores recientes el que más difusión ha dado a esta idea ha sido FREUD, que, fundándose principalmente en los datos suministrados por la psicoanálisis, afirma, como es sabido, que «los sentimientos eróticos dirigidos hacia personas del mismo sexo juegan en la vida psíquica normal un papel tan importante como los dirigidos hacia el sexo contrario. Para la psicoanálisis la atracción por igual a los dos objetos sexuales, masculino y femenino, tal como se encuentra en la infancia del hombre y en la de los pueblos, parece ser el estado primitivo; y sólo posteriormente, por la acción de otras influencias, se convierte este estado en sexualidad normal o en perversión».

atracción, y ésta se concentra *sólo sobre los individuos del sexo contrario*; se hace, pues, heterosexual. Después, el impulso se especifica aún más y se concentra sobre *un tipo especial* de individuos, dentro del sexo; grupo que, en adelante, será el preferido, conservándose una atracción embotada para los individuos que están fuera de él. Atracción embotada, que sólo se ejercerá, en adelante, en caso de necesidad, de «hambre sexual» urgente, sin posibilidad de satisfacerla dentro del grupo preferido. Por fin, dentro de este grupo, se afina la diferenciación y llega a concentrarse el objeto sexual *en un solo individuo* — «la media naranja» del mito popular — cuyo hallazgo suscita la máxima diferenciación, en la atracción erótica.

La primera etapa de la diferenciación, la *del sexo en masa*, como objeto de la libido, parece ser un fenómeno instintivo, vegetativo — como que lo preside el genio oscuro de la especie — de naturaleza principalmente hormonal, ligada a la diferenciación evolutiva de la glándula germinal, y, por lo tanto, propia de la pubertad. A medida que la glándula germinal — el testículo en el caso del hombre — se diferencia, su increción es más puramente virilógena; de aquí la acentuación de la virilidad anatómica y la acentuación de la virilidad de la libido. En esta primera etapa, genérica, de base orgánica, es en la que suele detenerse la sexualidad animal ¹. El macho en celo, cuando olisquea en el aire a la hembra, busca a ésta, a la hembra, *in genere*, sin especificar una de ellas determinada ². Y, des-

¹ Hemos de recordar aquí, que el estímulo químico — la secreción testicular en el hombre y la ovárica en la mujer — no parece tener, sin embargo, un valor diferenciativo absoluto, como lo demuestran los experimentos, ya citados, de STEINACH y otros autores, de la producción del reflejo sexual en el macho castrado, no sólo al inyectarlos un extracto de testículo, sino también al inyectarles un extracto de ovario. La increción gonadal parece, pues, que *dispara* el reflejo erótico, pero indica de un modo muy turbio *su dirección*. Esta dirección — el sexo femenino o el masculino — aun en este primer grado genérico o cínico, parece ser ya obra de los elementos intelectuales. La excitación hormonal es como el pie del *chauffeur*, que pone en marcha el motor, pero sin imprimirle ninguna dirección; ésta la da la mano sobre el volante; en el caso del sexo la diferenciación psicológica.

² Los casos de inclinación de un animal hacia una sola hembra, específicamente determinada, son escasos y dudosos. Y cuando existen, se ven en las especies sometidas a una secular domesticidad — el perro, por ejemplo — influidas, por lo tanto, no sabemos hasta qué profundidad, por la conducta humana.

de luego, hay hombres en los que la sexualidad no rebasa esta etapa de la evolución que pudiéramos llamar *cínica*, tanto por su esencia animal (*cínico*, de *can*), cuanto por su significado ético. Esto ocurre con mayor frecuencia a medida que descendemos en el grado de civilización de los pueblos y en el de educación de los individuos. En los hombres normales y muy diferenciados, la actitud erótica cínica, de apetencia por todo el sexo, instintivamente poligámica, es — pasadas las primeras etapas de la vida — sólo circunstancial.

Las etapas siguientes de la diferenciación — desde el sexo al grupo y desde el grupo al individuo — son propiamente humanas, y, aunque se realicen sobre el soporte orgánico de la libido, su mecanismo es, evidentemente, psicológico. Para mí no hay duda de que este mecanismo de *diferenciación progresiva del objeto sexual*, se relaciona con un proceso de asociación al reflejo erótico de un conjunto de circunstancias, que estuvieron presentes en las primeras manifestaciones del mismo, y orientaron y condicionaron, en un sentido determinado, el desencadenamiento de ese reflejo. En suma: un mecanismo equiparable al de los *reflejos condicionados* de PAVLOV ¹. Por ejemplo, en el hombre que se siente particularmente atraído por las mujeres rubias, es seguro que sus primeras impresiones eróticas estarían ligadas a una mujer, real o simbólica, rubia. Y lo mismo ocurre con los demás caracteres del ideal sexual, que muchas veces se forjó sobre el tipo de la madre o de la hermana; y de ahí la frecuencia con

¹ Siendo yo estudiante traduje al español el libro de PAVLOV sobre las glándulas salivales (que, al fin, no se llegó a publicar por disolución de la casa editora que lo imprimía). Desde entonces me han interesado sobremanera los trabajos del gran fisiólogo ruso, desde el punto de vista de sus posibles aplicaciones al conocimiento de la sexualidad humana. La publicación de su último volumen de conjunto (25) me ha confirmado en esta idea. El desdén de muchos psicólogos y filósofos por la labor de PAVLOV es sólo comparable al que han mantenido, durante tantos años, frente a la Endocrinología. Ni los reflejos condicionados, ni los experimentos endocrinos, nos revelan la génesis del mecanismo psicológico; pero es indudable que nos ayudan a tropezar menos en nuestra marcha por la oscura región del pensamiento.

Hay fenómenos de la vida sexual, como el *fetichismo*, que, indudablemente, se explican por este mecanismo de los reflejos condicionados — que en el fondo no es más que el mecanismo del hábito — mejor que de ninguna otra manera. Y seguramente muchos más. LIPSCHÜTZ (16) creo que ha sido el único que hace alguna indicación sobre este asunto.

que los hombres prefieren a las mujeres que reproducen el tipo familiar ¹. La libido no se suscitará en adelante (o sólo se suscitará con especial energía) si no es ante un tipo de mujer condicionado por estas peculiares circunstancias; que, por otra parte, pueden no ser exclusivamente físicas, sino también de orden psicológico; así como el hambre alcanza su máximo de energía cuando la clase de las viandas y las circunstancias que rodean al acto de comer, responden a un esquema, que se ha ido fabricando por este mismo mecanismo de las asociaciones condicionantes. Para el caso de la alimentación, este mecanismo puede ser reproducido experimentalmente en condiciones de absoluto valor demostrativo (PAVLOV).

Si esta diferenciación se acentúa, esto es, si se van especificando las circunstancias que condicionan el reflejo erótico y que acaban por ser precisas para su suscitación, se llegará a la creación de un tipo absolutamente individualizado del objeto sexual; una sola mujer determinada, fuera de la cual el resto del sexo suscitará tan sólo un interés circunstancial y secundario. El hallazgo de este arquetipo da lugar al amor monogámico permanente, que representa, por lo tanto, el sumo grado de perfección de la sexualidad humana; como que supone la máxima afinación de la libido, y, por lo tanto, el grado más alejado de la sexualidad genérica o cínica ².

¹ Desde luego, este fenómeno es distinto de la dirección subconsciente de la libido hacia la madre, que, como FREUD y otros psiquiatras han demostrado, es un frecuente antecedente de la homosexualidad.

² Quiero, al margen del desarrollo central de nuestros razonamientos, agregar aquí que, si este proceso de diferenciación se lleva a un grado extremo, se corre el peligro de caer en otra anormalidad sexual, enormemente frecuente, que es la *timidez* (o, por lo menos, un grupo grande de casos de esta anormalidad). En efecto; si el ideal erótico se especifica excesivamente, puede llegar a metamorfosearse en un ideal sin humanidad posible; y el hombre correrá de mujer en mujer sin encontrar nunca ese ideal acorde con su libido. Es el caso, por ejemplo, de Federico Amiel, que algunos, equivocadamente, equiparan a Don Juan. Se parecen en el simple hecho de la serie larga de sus amores. Pero esta peregrinación es en Amiel la pesquisa dolorosa y siempre fracasada de un ideal excesivamente especificado; mientras que en Don Juan es, por el contrario, una aptitud cínica e indiferenciada para satisfacerse con toda clase de objetivos eróticos. (Véase el interesante libro de J. DE LA LUZ LEÓN, sobre Amiel (26). Esta reflexión diferencia nuestra interpretación del donjuanismo, de la aparentemente análoga dada por STEKEL (9).

La timidez según nuestra interpretación, sería, por lo tanto, una verdadera

Además, la diferenciación de este objeto erótico — que es profundizar en la esencia misma de la feminidad — conduce, a la vez, a otro estado importante, que es la *repulsión radical del propio sexo, como tal objeto erótico*; repulsión característica en los hombres de sexualidad normal ¹.

forma del feticismo; sólo que la libido del tímido, en lugar de condicionarse por un detalle aislado de fácil logro — como un zapato o una cabellera espléndida — exige un conjunto de cualidades tan diferenciadas, que convierten a la mujer en un fantasma inhumanizable. Podríamos, en suma, definir la timidez como «un feticismo del ideal», lo cual la coloca en un grado de ultraperfección de la sexualidad masculina. En los casos de monogamia corriente este ideal se completa — se condiciona — «a posteriori», después del hallazgo — ya suficientemente diferenciado, aunque todavía no del todo — del objeto erótico. Cada detalle, físico o psíquico, de la mujer poseída y amada, se convierte en una condición nueva que facilita el reflejo amoroso; pero que, a la vez, lo localiza exclusivamente en ella. Así se explica que en estos casos llegue a ser imposible, incluso físicamente, el amor con otra mujer. Así se explica también que este amor persista, con asombro de las gentes superficiales, hasta edades en que han desaparecido — para los ojos de los demás, pero no para el instinto del amante — los encantos de la amada. Claro es también que en el trato íntimo pueden crearse reflejos contrarios, reflejos que inhiban y acaben por destruir una libido primitivamente enérgica. Por eso puede decirse que la intimidad sexual es como un crisol donde se forjan las pasiones eternas, pero donde también se funden y desaparecen otras deleznales.

Uno de los documentos más interesantes de la realidad de este mecanismo de la diferenciación sexual y de cómo puede conducir a una forma «superativa» de la timidez sexual, nos la da ROUSSEAU (27). Describe su pasión infantil por Mademoiselle Lamercier y añade: «Pero cuando los progresos de los años me hicieron hombre»... «mis tendencias de niño, en lugar de desvanecerse, se conservaron asociadas a ella, y de tal suerte, que jamás he podido separarlas del deseo encendido por mis sentidos; y esta anormalidad, añadida a mi natural timidez, me ha hecho siempre tan poco desembarazado con las mujeres...» Las frases subrayadas son características del «condicionamiento» infantil del reflejo erótico. También SPRANGER (28) dice: «Es indiscutible que estas primitivas vivencias sexuales tienen la tendencia a fijarse en la estructura de la esfera de la sexualidad y a determinar de un modo duradero la dirección futura de todos los impulsos».

¹ BERNARD SHAW (19) dice: «Yo experimento respecto a la homosexualidad toda la violenta repugnancia de los hombres normales». Cualquiera otro de estos hombres normales se expresaría con las mismas palabras. Se trata de una de las reacciones de defensa (FREUD) típicas del heterosexual; su equivalente en el homosexual es el asco, y a veces el odio, a la mujer (STEKEL) (9). La ausencia de esa repulsión instintiva al acto homosexual es ya un indicio sospechoso de la indiferenciación del instinto. Un hombre, muy inteligente y de conducta social perfec-

Así entendida la génesis de la creación del objeto sexual normal, nos es fácil intentar la explicación de la génesis del objeto sexual anormal u homosexual.

En primer lugar, puede ocurrir que, por indiferenciación anatómica de la gonada, la dirección específica de la libido no se logre, quedando en un estado indiferenciado, verdaderamente análogo al que hemos visto que presenta la sexualidad en los niños. Y desde este momento hemos de recalcar que *la sexualidad de los invertidos, en la mayoría de los casos, no se parece tanto a la sexualidad femenina* — como el vulgo y muchos científicos creen — *como a esta sexualidad infantil*, con su tendencia polimorfa y su indeterminación de objeto, tan bien descrita por FREUD (23). En la misma psicología y carácter generales del invertido hay, con frecuencia, mucho de puerilismo. En armonía con todo esto, las anormalidades anatómicas, que hemos descrito antes como muy frecuentes en los varones homosexuales, tanto pueden ser interpretadas como feminoides o como de tipo infantil. Y el objeto erótico de casi todos los homosexuales es, asimismo, no tanto el hombre como arquetipo viril — como ocurriría en una mujer — sino el efebo, el adolescente antes de la completa determinación sexual¹.

El mismo impulso sexual del homosexual masculino, se diferencia del impulso femenino puro — y, desde este punto de vista, también de la sexualidad infantil — en un dato del mayor interés: *la libido femenina es normalmente pasiva; es un centro de atracción para la libido activa del hombre; y esto, no sólo en la especie huma-*

ta, me consultaba sus temores sobre una posible base homosexual de su instinto y me daba perspicazmente, como razón, esta benevolencia suya, frente a la conducta del invertido, contrastando con la actitud de protesta de los demás hombres. Creo que era, en efecto, un homosexual inhibido por circunstancias exógenas del más alto valor ético.

¹ Cuando FREUD dice que el homosexual «busca en el fondo a la mujer» dando como razón que en todas las épocas los hombres prostituidos que se ofrecen a los invertidos se visten de mujer y no fingen nunca el aspecto viril, y que los griegos buscaban en los jóvenes pederastas «más bien las cualidades femeninas de su cuerpo y de su espíritu», debiera decir que el objeto de la libido homosexual *es el adolescente*; esto es, el hombre antes de que sea hombre, cuando se parece a una mujer sin ser una mujer; sobre todo, sin los signos de la maternidad, que tanto repugnan al instinto del invertido. En todas las descripciones de la belleza física hechas por homosexuales, desde PLATÓN hasta OSCAR WILDE, es

na, sino en toda la escala animal, e incluso en la atracción unicelular, donde la vida se engendra, ya que es el óvulo el que atrae siempre al espermatozoide. El macho es siempre el que ataca. *Pues bien; la libido del hombre homosexual no sólo es activa, sino que, en muchas ocasiones, lo es más que la del varón normal.* Los homosexuales de libido enteramente pasiva; son casi siempre prostituidos más que verdaderamente invertidos.

Pero a este retraso de la diferenciación de la libido, que consideramos esencial en la génesis del homosexualismo — un caso más del sentido cronológico que para nosotros tiene la intersexualidad, en general — se unen después los mismos factores psicológicos condicionadores del reflejo erótico; pero actuando ahora en un sentido inverso. Las confesiones de muchos homosexuales inteligentes, me han enseñado que, efectivamente, un elemento esencial en la génesis de la inversión *fué esta asociación — quizá puramente accidental — del arquetipo viril a sus primeras experiencias eróticas.* En este caso, el reflejo erótico queda permanentemente condicionado por los accidentes físicos o psíquicos de la virilidad, engendrándose así el homosexualismo *de un modo análogo, como* LIPSCHÜTZ (16) *certestamente apunta, a como se engendra el fetichismo.* Claro es que es poco probable que esto pueda ocurrir — digámoslo nuevamente — fuera de casos provistos de una acentuada base orgánica de bisexualidad, y en esto se diferencia nuestra explicación de la de la mayoría de los psiquiatras, que dejan *toda la responsabilidad* a las influencias psicógenas. Para mí, unas veces será el factor constitucio-

esta morfología del efebo la que se encomia como perfecta; y en casi todas se alude con aversión a los detalles físicos de la mujer que atañen a la maternidad; por ejemplo, a la anchura de las caderas, que al homosexual le parece monstruosa, y para el hombre de libido normal es uno de los incentivos más atractivos de la belleza femenina. Nunca ha sido más exactamente expresado todo esto que por el mismo OSCAR WILDE: «Por lo que respecta a la belleza, no es posible comparar la del efebo con la de la mujer — decía a uno de sus amigos —; piense usted, sobre todo, en esas horribles y enormes caderas anchas y grasientas». «Yo afirmo que la mujer no está hecha para la pasión y el amor, sino sólo para la maternidad. Mi mujer, de joven, era blanca y esbelta como un lirio; luego, al parir, se hizo deforme y físicamente odiosa» (19). Coincide con esto la falta de ternura hacia los niños pequeños, tan común en los homosexuales como corriente es la presencia de ese sentimiento en los hombres muy viriles. El absoluto olvido de OSCAR WILDE respecto de sus hijos es enteramente típico.

nal lo predominante; otras, predominarán los factores psíquicos condicionantes. Pero en todos los casos hay que admitir la colaboración de ambos.

De lo dicho resalta una noción de fundamental importancia práctica, a saber: *que dando todo su valor a la predisposición intersexual, lo que, por lo menos en la mayoría de los casos, decide la conducta erótica ulterior del individuo, es ese conjunto de circunstancias externas, psicológicas que actúa de un modo ocasional, pero trascendente*. Estas circunstancias no sólo inclinan en un sentido recto o torcido al organismo de predisposición ambivalente, sino que pueden torcer al levemente predispuesto en un sentido anormal; e, inversamente, pueden encauzar hacia la rectitud al que posea una predisposición invertida; y así vemos, respectivamente, hombres de aparente sexualidad normal con erotismo homosexual y hombres dotados de una fuerte base orgánica de intersexualidad, cuya libido se desarrolla correctamente; según que las sugerencias condicionantes hayan sido anormales en el primer caso o normales en el segundo. De esto deducimos que, prácticamente, la importancia que puede tener la pedagogía en la conducta sexual del individuo, es de primera línea. *Y esta influencia pedagógica tiene — hecho esencial sobre el que todavía hemos de insistir — un momento de máxima delicadeza, que es la pubertad*. En la pubertad, no sólo existe fisiológicamente — esto es, siempre — la indeterminación del objeto sexual que hemos comentado, sino que un gran número de varones pasan, como más tarde explicaremos, en esos años críticos, por un momento de influencia feminoide, más o menos intensa y más o menos larga, antes de que comience la verdadera pubertad viril. *Ese es el momento equívoco en que se engendran o se deciden la mayoría de las perversiones sexuales*; el momento en que — para seguir usando el mismo lenguaje fisiológico — se condiciona el reflejo erótico en el sentido heterosexual o en el homosexual; el momento, en fin, que podemos llamar *edad peligrosa del hombre*, tan exactamente como se llama al climaterio la *edad peligrosa de la mujer* ¹.

¹ KRAEPELIN (29), KRONFELD (30), entre otros psiquiatras, han insistido mucho también en la influencia enorme de la crisis puberal en la génesis del homosexualismo; y, en general, todos los autores. Véanse también las notas ¹ pág. 138 y ¹ pág. 141. KRAFT-EBING (10), STEKEL (9) y otros anotan que, generalmente, se

INFLUENCIAS EXÓGENAS QUE ACTÚAN SOBRE LA DETERMINACIÓN HOMOSEXUAL. — Las influencias externas que pueden actuar en este momento decisivo para la conducta sexual futura son, en primer lugar, la *seducción hacia las relaciones homosexuales*, que el niño normal, a pesar de la indeterminación habitual de su libido, rechaza desde luego o repugna pronto; pero que pueden ejercer una influencia decisiva en otros casos, ya por la energía de la seducción, ya por recaer en un organismo intensamente predispuesto a la intersexualidad. En este sentido nunca serán suficientes todos los consejos para suscitar la vigilancia en la vida de los colegios, y singularmente, en los internados ¹. Hay, en ocasiones, que aceptar éstos como una necesidad; pero fuera de tales casos, es evidente que los padres que envían sus hijos a colegios de internos, acaso por razones que encubren un vulgar egoísmo, o ignoran o no meditan suficientemente la responsabilidad que contraen.

Tiene también mucha importancia el dato, repetidamente señalado, de *la excesiva prolongación e intensidad del ambiente maternal sobre el adolescente*. Muchos homosexuales son hijos únicos; y otros, *el último vástago de una serie larga de hijos*, como he podido confirmar en varias ocasiones, corroborando la misma afirmación de HIRSCHFELD ². Tanto en un caso como en otro, la madre acentúa

trata de sujetos con pubertad precoz. Antes de la pubertad, el niño puede ser seducido; pero estas influencias corruptoras tempranas son menos propicias a convertirse en normas permanentes de conducta.

¹ En el libro citado de H. ELLIS (6) se encuentran muchos datos sobre este particular. Más expresivos que todos los discursos científicos son, empero, estas palabras de F. HARRIS (19): «Si las madres inglesas se diesen cuenta de lo que es la vida de los internados, con sus íntimas familiaridades entre muchachos de doce a dieciocho años, es seguro que estas instituciones serían suprimidas de una plumada y que los colegios famosos de Eton, Harrow y Winchester se convertirían en externados. Aquellos que han contraído malos hábitos en el colegio o en la Universidad son los que están abocados a practicarlos más tarde». «En general, los epicenos, en el colegio, se distinguen por su voz dulce, las maneras insinuantes y el suficiente atrevimiento para provocar las simpatías para los amores sentimentales». Esto, no hay que decirlo, puede trasladarse de Inglaterra a todos los demás países.

² Tal vez el ser el último hermano de una serie larga puede predisponer a la homosexualidad, además de por el mecanismo psicológico explicado en el texto, por un mecanismo orgánico: el agotamiento de los padres, principalmente de la madre, que originaría productos menos diferenciados. La prueba es que en estas

excesivamente e inconscientemente su influencia directa sobre el hijo, y éste, por su parte, se habitúa al ambiente maternal y a la sociedad de las amigas de aquélla. Es, generalmente, sometido a una prolongación excesiva en el uso de los trajes, adornos y peinados de la niñez¹, se habitúa a distraerse con las labores femeninas; muchas veces acaba divirtiéndose en disfrazarse con los vestidos maternos. A esta influencia periférica puede agregarse la ya antes indicada, que señala FREUD, es decir, la fijación primaria de la libido en la madre, que luego se traslada al propio niño; iniciándose un estado de narcisismo, en el que la homosexualidad arraiga fácilmente. Sin embargo, este factor me parece menos importante que el puramente ambiental, antes indicado.

La influencia de la *actitud narcisista*, que acabamos de citar, es también considerable en la génesis de la homosexualidad, de la que, aquel — el narcisismo — es uno de sus elementos constantes, según FREUD. *El paso de la propia sobrestimación sexual a la estimación*

postrimerías de una gran multiparidad pueden producirse, además de la homosexualidad, otros estados de desarrollo deficiente. Un caso de infantilismo progénico estudiado hace poco por mí, era el último hermano de una serie de once; y HIRSCHFELD refiere una observación de eunucoidismo completo en un muchacho, último de nueve hermanos.

¹ Hay muchas madres insensatas que se enorgullecen cuando les dicen que su hijo «parece una niña»; equivoco que, tal vez, deliberadamente cultivan con rizos, cintas, faldas, etc., celebrando como un triunfo el haber conservado este perjeño femenino hasta tal o cual edad. En la cuestión del sexo, que es una materia infinitamente sensible, «el hábito — al revés de lo que dice el refrán — hace al monje». Ya antes hemos dicho que en lo sexual la apariencia es importantísima; como que gran parte de los valores que integran la sexualidad son valores aparentes. Es extraño que algún autor, como MICHELS (31), no comparta este modo de pensar. Afirma que es un mal método pedagógico el destacar tempranamente la diferenciación sexual de los niños y niñas, gracias a la falda y al pantalón. A este propósito cita el famoso cuento de BALZAC, en el que, estando dos niños frente a un cuadro que representaba a Adán y Eva desnudos, uno de ellos preguntó que cuál era Adán, respondiéndole el otro que no se podía saber porque no tenían traje. No puede compartirse esta opinión de MICHELS. Todo lo que no sea marcar la diferenciación sexual desde los primeros años, es un peligro que induce a la génesis de las modalidades equívocas. Lo malo es que el artificio social coloque sobre la verdad desnuda y casta un velo, que pretende ser guardián de la pureza y es incentivo del deseo. Este es el significado profundo de los pantalones y las faldas en el cuento de BALZAC.

de otros individuos del mismo sexo es insensiblemente fácil¹. El narcisismo se relaciona con una manifestación extraordinariamente común en el niño, que es la *masturbación*, de cuyos numerosos peligros el más importante es éste de convertirse desde un modo de satisfacción del oscuro erotismo infantil, en un arraigado culto de sí propio, a favor del cual el reflejo erótico se condicionará bajo una influencia homosexual².

ADLER³, insiste, con mucha razón, en que otro de los factores que empujan hacia la homosexualidad a muchos individuos predispuestos es el *miedo sexual*; el temor específico frente al sexo contrario. *Miedo condicionado, generalmente, por los fracasos ocurridos durante las primeras relaciones sexuales*. El *temor sexual a la mujer* puede adoptar diversas modalidades que lo disimulan ante el propio instinto, siendo una de las más frecuentes la sifilofobia y gonofobia; también el recelo de ser engañado, de hacerse cornudo; o bien la preocupación económica ante la posible creación de una larga familia, etc. En gran número de casos, en efecto, todos estos argumentos, tienen el valor de pretextos con que se encubre la vacilación directamente sexual. Siempre que he tenido ocasión, he señalado el efecto nefasto de estos primeros fracasos sexuales, tan frecuentes en los jóvenes, que crean un estado de inhibición del reflejo sexual, origen en unos hombres de estas formas que acabamos de citar de la timidez, y en otros, origen, merced a la colaboración del factor constitucional, de estados de homosexualidad⁴. Estas formas de

¹ Esta es una de las razones de que las mujeres, en las que, el narcisismo, como sabemos, es mucho más frecuente que en el hombre, sean también más aptas para la homosexualidad.

² Este sentido homosexual de la masturbación se hace particularmente claro en los casos en que se acompaña de excitaciones anales, que son mucho más frecuentes de lo que se cree, aunque rara vez se declaran por los interesados. Casi nunca faltaba este dato en la historia de los homosexuales que yo he estudiado. Insisto de nuevo en mi disconformidad con los autores que niegan todo perjuicio al onanismo; y aun algunos creen, como STEKEL (9), que «aumentará con el progreso de la cultura».

³ En varias de sus obras trata ADLER (32), con gran acopio de datos, el problema psicológico de la homosexualidad. La índole de este libro hace imposible referirse a este aspecto del problema con más detalles.

⁴ Es interesante precisar las condiciones en que se producen estos fracasos iniciales de la virilidad. En primer lugar, casi todos los hombres, sobre todo en

la inversión sexual, engendradas en el miedo a la hembra son, según las ideas de ADLER, actitudes simbólicas, por medio de las cuales el individuo pretende afirmar su superioridad sexual, puesta en entredicho por su propia conciencia. Por cuya razón es tan frecuente el *exhibicionismo* en los homosexuales, como en todas las anomalías de la sexualidad engendradas por esta misma reacción contra su supuesta inferioridad (por ejemplo, en los maridos engañados, en los impotentes, etc.) ¹.

Para H. ELLIS (6), otro de los fenómenos determinantes de la explosión perversa en los homosexuales latentes es el «*chagrin d'amour*»: el sentimiento de aversión al sexo femenino engendrado en el rencor o en la desilusión, suscitados por un desengaño amoroso. Esta forma sentimental del fracaso sexual es, a mi modo de ver, infinitamente menos importante para la génesis de la homosexualidad que el fracaso orgánico que acabamos de estudiar. El fracaso sentimental conduce a la actitud despectiva hacia la mujer, tan frecuente en el hombre amargado, pero compatible con una libido normal, cuya expresión práctica es la poligamia ordinaria o la misantropía solitaria. Sólo en sujetos muy predispuestos orgánicamente, puede conducir a la homosexualidad.

nuestras latitudes, se lanzan al ejercicio de la vida sexual en una edad absurdamente precoz, generalmente antes de los quince años, siendo así que la virilidad es un fenómeno de madurez muy tardía, por lo que la plenitud en el equilibrio del complejo mecanismo humoral y nervioso del reflejo erótico no se logra hasta mucho más tarde, quizá hasta después de los veinticinco o treinta años. El hombre, por otra parte, creen en una valoración disparatada de su virilidad. Todo su orgullo se cifra en ser hombre y en serlo cuanto antes. Y «ser hombre» equivale, solamente, a ser capaz para el acto sexual; y tanto más hombre cuanto mayor es su resistencia erótica. Por ello la consecuencia del fracaso sexual en los jóvenes es trágica y siempre la misma: «no soy hombre», se dicen consternados. Finalmente, la mujer (naturalmente, la mujer prostituida, con la que suelen realizarse estos primeros ensayos) participa, hasta límites desmesurados de estos prejuicios, contribuyendo, con sus observaciones depresivas y sus bromas, a la inhibición del joven amador fracasado. Así resulta que cuando éste no posee un instinto de toro, los primeros pasos en la vida de los sexos se convierten en una carrera de obstáculos, de la que es milagroso salir triunfante.

¹ La relación del homosexualismo y el exhibicionismo fué, según ADLER (32), señalada por MOLL. Sin embargo, ya en ISAÍAS (III, 9), se lee: «Como los de Sodoma predicán su pecado y no lo disimulan». En mi estudio sobre CASANOVA (33) he insistido también en este aspecto del exhibicionismo.

Algunos autores — véase un resumen en STEKEL (9) — achacan la inversión de la libido en algunos hombres a una reacción de asco hacia la mujer, después de haber contraído, en un coito, infecciones venéreas. Repito que sólo en sujetos muy predispuestos congénitamente a la homosexualidad, puede ser este accidente causa del trastorno del instinto ¹.

Todos estos datos nos hacen ver con claridad la importancia decisiva de los factores externos en la producción de los estados homosexuales. Y, a la vez, la facilidad con que estos factores pueden arraigar, no sólo en los individuos aislados, sino en grandes grupos de varones, ya que la predisposición intersexual está tan extendida en el género humano. Así, vemos que, a veces, la homosexualidad se desarrolla por brotes epidémicos ante el influjo de ejemplos depravados, como ocurre en los casos tan conocidos de homosexualismo colectivo en colegios, cárceles, cuarteles, etc.; y aun pueden llegar a adquirir la contextura de un estado social casi normal, como ocurrió en tiempo de los griegos ². En el transitorio auge de la homosexualidad en la sociedad contemporánea hay también un elemento contagioso de *snobismo* y moda — sobre todo de moda literaria ³ — mucho más profundo de lo que se cree, en relación

¹ Recuérdese que, por el contrario, el prototipo del hombre mujeriego, entre la gente de bronce, exhibe sus lacras venéreas, casi con orgullo, como una muestra más de su virilidad. Otro tipo de reacción anormal del instinto ante el contagio venéreo, sería la poligamia, motivada por el deseo de infectar a las mujeres, haciendo así pagar al sexo el pecado de una sola mujer; para STEKEL (9), éste sería el móvil, antifeminista, de algunos donjuanes; explicación, a mi juicio, sutil en exceso, como tantas otras de los psicoanalistas.

² Obsérvese que en la pederastia griega — que tanto ha influido y sigue influyendo como decálogo de los homosexuales — era, no el varón, sino el efebo, como ya hemos comentado, el objeto de la libido. Son conocidas las razones estéticas e intelectuales que sirvieron de armazón a aquel curioso fenómeno de patología sexual colectiva.

³ Es grandísimo el número de novelas, dramas, etc., aparecidos en estos últimos años, en los que la homosexualidad es el tema principal, o uno de los importantes. Algunas de estas obras, como las de PROUTS, tienen un valor documental extraordinario. Entre la bibliografía española, es preciso citar la admirable novela de HERNÁNDEZ CATÁ, *El Ángel de Sodoma* (Madrid, 1928). Véase R. BURTON (34) sobre la influencia de la literatura y el snobismo en la homosexualidad actual. También RACHILDE (35): «Il y a donc les gentils ménages de Lesbos, qui, grâce à une propagande à la fois littéraire et... snobique deviennent de plus en plus fréquents».

evidente con la declinación de la civilización actual; y, por lo tanto, seguramente corregido en el futuro. Para mí el *tipo sexual de la mujer actual, delgada y aniñada, indefinida, responde a una forma encubierta de homosexualidad del instinto masculino*, ahora, como en tiempo de los griegos — y como siempre — dirigida hacia la morfología efébrica.

HOMOSEXUALIDAD CONGÉNITA Y ADQUIRIDA. — Según estos puntos de vista, nosotros no admitimos la clásica división de los homosexuales en *congénitos y adquiridos*¹. *Para nosotros, todos son congénitos; y a la vez, todos son adquiridos. En estos tiempos en que la Medicina se orienta fuertemente en el sentido constitucional, es muy violento suponer que una alteración tan ligada a la profundidad psicológica e instintiva como el homosexualismo, pueda aparecer sin una base de predisposición original. Pero, a su vez, ya hemos visto, que los factores condicionantes del medio tienen una influencia decisiva en la aparición o en la inhibición de aquella tendencia. El que la perversión se nos revele desde el comienzo de la vida, o sólo en el curso de ésta — criterio que suele servir para la distinción entre el invertido congénito y el adquirido — dependerá únicamente de la relativa intensidad con que actúan los dos factores de la inversión: el constitucional y el ocasional.*

Es decir, que un sujeto, dotado de un fuerte lastre constitucional de intersexualidad, denunciará la alteración de su instinto desde la niñez; y otro, con la intersexualidad orgánica latente, no se nos mostrará como tal invertido, hasta que actúen con vigor las causas determinantes del medio. El primero podrá, sin embargo, no llegar

¹ BLOCH (1) admitía los *homosexuales verdaderos* y los *pseudohomosexuales*, distinción tan irreal como la de los *congénitos y adquiridos*. Esta última fué sostenida principalmente por KRAFT-EBING (10), como es sabido, el cual suponía en los congénitos una base de degeneración nerviosa, también aceptada por LOMBROSO y otros hombres de ciencia de su tiempo. Aparte de que el concepto de la «degeneración nerviosa» sufre ahora una profunda crisis, es evidente que la homosexualidad aparece muchas veces en sujetos sin la menor tara neuropática grave. Otro asunto es el de la relación de la homosexualidad con las psiconeurosis. Para FREUD (23), «se encuentra siempre, necesariamente, una tendencia a la inversión en los psiconeurópatas»; «descubrimiento — añade — que está llamado a ejercer una influencia dominante sobre todas las teorías de la homosexualidad». En ADLER (32) se encuentra ampliamente desarrollado este tema. Aquí sólo podemos indicarlo.

nunca, a pesar de la congénita tendencia, a ser un homosexual, si los influjos externos son contrarios a la perversión; y así vemos muchos sujetos de morfología y aun de psicología netamente intersexuales, cuya libido, gracias a una buena acción inhibitoria del medio, se desarrolla normalmente. Pero, a su vez, sujetos muy poco predispuestos orgánicamente, pueden invertirse desde muy temprano si viven en un medio rico en las sugerencias antes expuestas.

INFLUENCIAS INHIBIDORAS. — Acabamos de hablar de *influencias externas contrarias a la homosexualidad*. Su existencia es evidente. Un ambiente rectamente viril en la niñez, la falta de seducciones homosexuales, la normalidad y el éxito en las primeras relaciones sexuales, la buena fortuna en las amistades femeninas, etc., producen un efecto inhibitorio sobre la tendencia inversiva, tanto como favorable sobre la tendencia normal. *Condicionarán, en suma, correctamente el reflejo erótico*. Y a estos motivos hay que añadir las *influencias, muchas veces decisivas, de tipo religioso, ético, social*, etc., que propenden a afeer el homosexualismo y a embellecer y ennoblecer el amor heterosexual. No tiene duda que todas estas causas pueden mantener inhibida, no sólo la pequeña inclinación perversa de la mayoría de los hombres, sino incluso las fuertes tendencias homosexuales de los predispuestos¹. Así nos explicamos que, *si, súbitamente, desaparecen las fuerzas inhibitorias, el erotismo homosexual puede aparecer tardíamente en sujetos hasta entonces normales*. Tal es el caso, a mi modo de ver, de la homosexualidad esporádica durante la *intoxicación alcohólica*, que citan todos los autores: la debida a la *cocaína*², etc.

¹ No hay que confundir esta represión subconsciente de las tendencias homosexuales, represión condicionada por los factores externos citados, con el hecho de la autorrepresión consciente, de tipo social, de la conducta, que se observa en muchos hombres homosexuales que conllevan a solas la tragedia de su inclinación torcida, sin suscitar jamás la menor sospecha de nadie. He conocido muchos casos de estos heroicos seres, sobre todo después de la publicación de mis *Tres ensayos sobre la vida sexual*. La mayoría de ellos me han comunicado su situación por carta. A diferencia de otros autores, como H. ELLIS y BLOCH, no gusto, sin embargo, de publicar estos documentos, en los que trasciende demasiado directamente la humanidad anormal.

² El alcohol, sin embargo, no obra siempre en este sentido, sino, a veces, en el contrario, como anota STEKEL (9); es decir, inhibiendo la tendencia homo-

La *homosexualidad senil* se puede interpretar de este mismo modo: el mal funcionamiento cerebral lanza por la borda las inhibiciones externas de la tendencia homosexual latente, hasta entonces sofocada; del mismo modo que otras veces, el viejo prescinde de conveniencias sociales de otro tipo, que había observado escrupulosamente durante toda su vida, y se hace sucio, o mentiroso, o perseguidor de mujeres, etc. He visto recientemente dos casos de homosexualidad senil muy demostrativos; en uno de ellos se trataba de un sujeto con arterioesclerosis prematura, escritor, de vida sexual muy borrascosa, de tipo donjuanesco; en sus últimos años mostraba una gran inclinación por las muchachas muy jóvenes; me confesó que hacía años que estaba totalmente impotente, pero con gran exaltación de la libido; al final tuvo relaciones homosexuales escandalosas. En el otro caso, muy doloroso, no he podido averiguar ningún antecedente sospechoso en el curso de su vida, que fué ejemplar; pero la crisis homosexual fué también precedida de unos meses de

sexual y dejando libre la heterosexual, por lo que, algunos individuos homosexuales, pueden tener relaciones sexuales normales durante la borrachera. En cuanto a la cocaína, JOEL y FRAENKEL (36) suponen que disminuye la potencia genital y aumenta la libido; el cocainómano buscaría entonces la satisfacción homosexual, que es más propicia para los impotentes. No sería, pues, una verdadera inversión, ya que lo que cambia no es la dirección del instinto, sino el objeto sexual. Pero esta distinción, que creo puramente artificiosa, de vocablo, no justifica el excluir estos casos del capítulo de la homosexualidad. Véase también sobre este asunto MAIER (37), HARTMANN (38) y COUTTS (39). En la mujer, la cocaína produciría el efecto contrario: un aumento de la aptitud orgástica genuína. En las enfermas catatónicas tratadas por la cocaína, es, a veces, muy neto este efecto; véase SACRISTÁN (40). Sobre la influencia de la morfina en estos trastornos eróticos, véase NEUTRA (41).

La *homosexualidad durante los sueños* sería también un ejemplo de liberación de las inhibiciones externas, comparable a los expuestos. En consecuencia, el sueño puede tanto hacer aparecer una homosexualidad latente en un normal, como desaparecer la tendencia homosexual en el invertido y dejar libre la tendencia normal. A esta acción liberadora del sueño, atribuye STEKEL (9) la aptitud para la erección al despertar, muy común en el hombre, y que generalmente se achaca — y yo creo que con razón — a causas puramente locales, como la replección de la vejiga. Téngase en cuenta que, aunque los sueños se consideran como fenómenos fisiológicos, la mayoría de los seres humanos sólo sueñan en condiciones patológicas; por ejemplo, bajo la acción de grandes excitaciones nerviosas, malas digestiones, etc.

inesperada atracción por parte de las muchachas muy jóvenes¹.

Insisto sobre esta fase de *inclinación hacia las muchachas, porque, sin duda, es una manifestación atenuada de la homosexualidad*, tal como la entendemos, en el sentido de un retorno a la sexualidad indiferenciada, infantil. Hace ya años que escribía yo que la famosa *tendencia gerocómica* iniciada — que se sepa — por el Rey David, y tan frecuente en los viejos, no es más que la expresión de una forma latente de la tendencia homosexual.

Podría, por fin, incluirse, dentro de esta interpretación, la *homosexualidad a fortiori*; la de los condenados a muchos años de reclusión, marinos durante largas travesías, etc. En estos casos, la necesidad hace desaparecer las inhibiciones que la moral y la civilización han ido acumulando sobre el instinto torcido; de la misma suerte que esta necesidad puede saltar por encima de otras inhibiciones éticas y conducir al robo, etc. Pero hay que volver siempre sobre la misma idea: si la constitución del sujeto propende hacia la normalidad, no aparecerá la inversión, por graves que sean las fuerzas que la favorezcan².

LA SEXUALIDAD BIVALENTE. — De cuanto hemos dicho se infiere que, *para nosotros, todos los casos de homosexualidad viril quedan incluidos en un solo grupo*. Así es. Pueden hacerse las clasificaciones clínicas que se quiera de esta anormalidad; pero la base patológica es siempre la misma; una sexualidad retrasada, de polivalencia infantil, que, por circunstancias externas, condiciona su obje-

¹ SCHOPENHAUER, como es sabido, padeció también de pederastia senil. Probablemente, los antecedentes de esta anormalidad fueron la aversión a la mujer, tan característica en su vida y en su filosofía.

² La perversión sexual *a fortiori* tampoco es exclusiva de la especie humana. HUBER, por ejemplo (42), cita el caso de las hormigas, cuyos machos, cuando no encuentran hembras, violan a las obreras, que, por tener sus órganos genitales atroficos, son, en realidad, objeto de un ataque casi homosexual. En las abejas y en otros insectos se citan casos parecidos. Posteriormente, hemos visto en el curioso estudio de SCHULTE-VAERTING (43), este mismo concepto de los insectos obreros como posibles homosexuales facultativos. Para el autor, en la especie humana podría aspirarse a la creación de una forma sexual intermedia, estable, comparable a esta de las repúblicas animales, que representaría un grado superior en el progreso de los hombres. No hay que decir que nuestro criterio es, totalmente, el opuesto; para nosotros el ciclo progresivo de la sexualidad humana se ha de basar en la eliminación de las formas intermedias.

tivo erótico en un sentido homosexual, y, dentro de éste, bajo diferentes formas. Así nos explicamos que unos homosexuales — los más — elijan como objeto erótico al efebo; otros, al tipo francamente viril; otros, indistintamente, a cualquiera de ellos; y, otros, por último, hagan su tendencia homosexual compatible con relaciones heterosexuales. Para algunos autores, esta variedad *ambisexual* o *hermafrodítica* del homosexualismo sería totalmente distinta de la de los homosexuales incapaces de toda relación con la mujer. Yo no lo creo así. STEINACH (44) y LIPSCHÜTZ (16) suponen que, tal vez, en estos casos, ocurra lo mismo que en el hermafroditismo experimental (injerto simultáneo de un testículo y un ovario a un animal castrado) en el que, en unas épocas, predomina la increción testicular, y en otras la increción ovárica. Pero sin necesidad de esta explicación orgánica, podemos suponer que la variación de la conducta, en uno u otro sentido, puede ser de origen psíquico; es decir, depender simplemente del juego favorecedor o inhibidor de las influencias externas. El hecho es, que en los casos de homosexuales bivalentes que yo he observado, la tendencia homosexual coincidía con claros momentos etiológicos favorables, ya citados antes: seducción, alcoholismo, ausencia de mujeres fáciles, etc.; reapareciendo la inclinación normal, heterosexual, cuando dichas circunstancias depravantes desaparecían. Creo que es relativamente frecuente, que la aversión a la mujer se inicie o intensifique, en estos casos bipolares, después de un embarazo. *La repugnancia a la maternidad es más concreta, a veces, en el homosexual, que la misma repugnancia a la mujer.* El caso de OSCAR WILDE, tan representativo en muchos conceptos, es también, a este respecto, enteramente típico. Otro ejemplo de lo mismo sería la homosexualidad después de un contagio venéreo, antes comentado.

En la homosexualidad femenina, que ahora vamos a estudiar, esta tendencia ambivalente es más frecuente que en el hombre homosexual; y se comprende bien teniendo en cuenta la posición intermedia de la etapa femenina en la evolución orgánica.

LA HOMOSEXUALIDAD FEMENINA. — Hasta ahora hemos hablado sólo de la homosexualidad masculina. *La homosexualidad en la mujer presenta una diferencia esencial, derivada de la situación de su sexo, en una zona intermedia entre la adolescencia y la masculinidad. El hombre, en efecto, como «etapa sexual terminal» que es, no puede invertirse más que en el sentido regresivo que hemos indicado. En la*

*mujer cabrán dos tipos de inversión: uno, regresivo hacia la infантиdad, y otro superativo, hacia la virilidad*¹.

La primera forma, esencialmente pasiva, es, en realidad, una exageración de la indiferenciación normal de la libido de la mujer. *Ésta, por lo que tiene de parecido al adolescente, estaría constantemente a dos pasos de la homosexualidad, si no fuera por la especificación de su instinto en el sentido de la maternidad, que la conduce, a través de un rodeo, hacia el varón.* Expresión habitual de esta *tendencia homosexual regresiva, de la feminidad*, es el tan conocido y comentado acento de amorosa ternura que toma con frecuencia la amistad entre las muchachas y entre las mujeres solteras o no madres. Las influencias inhibitoras, sobre todo las de orden religioso, a las cuales las mujeres son tan sensibles, hacen que, en la mayoría de los casos, esta tendencia homosexual quede reprimida en los límites de una relación platónica, muy rica en profundidades sentimentales y adornos poéticos, que, por cierto, recuerdan con exactitud a las características de la amistad entre los homosexuales masculinos. La mayor proximidad a lo fisiológico de estas amistades de cariz homosexual de las mujeres, se echa de ver en que siempre se han interpretado como fenómenos normales, aun en las sociedades más susceptibles. A nadie escandaliza que una mujer alabe con entusiasmo las bellezas corporales de otra; y este entusiasmo, en un varón extasiado ante la morfología de otro varón, sería más que sospechoso. La carta de Oscar Wilde a lord Douglas, que sirvió de base para su condena, es como una de tantas cartas que, sin escándalo de nadie, se escriben constantemente las muchachas entre sí.

En mujeres más libres de estos factores inhibidores, la inclinación homosexual puede pasar a la práctica erótica. *La difusión que*

¹ Muchos autores hacen una distinción análoga en los homosexuales masculinos. La clásica clasificación de los uranistas en *viriles* y *femeninos*, respondería a este criterio. Y también la de FERENZI (45 y 46) en *homoeróticos* (palabra con la que sustituye la de homosexualidad) *subjetivos*, que se comportan como mujeres, y *homoeróticos objetivos*, que son varones normales que cambian el objeto normal de la libido: el femenino, por uno masculino. Yo insisto en que no creo que estas distinciones respondan a una realidad sistemática. Una tendencia normal que cambia de objetivo es una tendencia tan homosexual como la otra. La apetencia por un tipo feminoide o un tipo viriloide creo que es accesorio; depende del mecanismo de condicionamiento del reflejo erótico; lo fundamental es la indiferenciación de la libido.

tienen en el cuerpo femenino las zonas de sensibilidad sexual, que la hacen tan susceptible a la caricia y las condiciones lentas de su orgasmo, son factores extremadamente propicios para el comercio homosexual. La relación sexual con el hombre es, con gran frecuencia, experimentada por la mujer como un suceso rápido y brutal, y esto incita a las naturalezas predispuestas y exentas, por lo tanto, del ansia maternal y de la libido específica hacia el hombre, a la solución homosexual. Este es el mecanismo, como apunta BLOCH, por el que las prostitutas, hastiadas de la egoísta agresión masculina, sean, con enorme frecuencia, homosexuales ¹.

La actitud de la libido femenina que, como sabemos, es pasiva, aun en estado normal — y esto la coloca en condiciones inucho más propicias que las del hombre maduro para la seducción — facilita esta tendencia hacia la homosexualidad de muchas mujeres. En general, la homosexualidad por auténtica prostitución, esto es, con escasa o nula predisposición inversiva, por mera seducción o por deseo de lucro, es, por estas mismas causas, muchísimo más frecuente en la mujer que en el hombre.

La otra forma, la superativa, de la homosexualidad femenina se da en aquellas mujeres afectas de una tendencia viriloide, en las que, por lo tanto, la libido se dirige a otra mujer; pero en un sentido de ataque activo, propiamente viril. Así como la morfología de las mujeres del primer grupo suele ser normal (feminidad perfecta, quizá excesivamente femenina, esto es, con tendencia infantil), en este segundo grupo la morfología corresponde a la del virago,

¹ ROUSSEAU (27) describe con precisión casi cínica a un hombre en el trance de la excitación erótica, y dice: «No podía comprender lo que le ocurría a aquel desgraciado; pensé que sufría de epilepsia o de otro frenesí aún más terrible; y verdaderamente no sé de nada más odioso, para visto por un espectador con sangre fría, que este obscuro y sucio aspecto, que esta horrible cara, inflamada de la más brutal concupiscencia. No he vuelto a ver a ningún otro hombre en tal situación; pero si es ésta nuestra actitud cerca de las mujeres, es necesario que ellas tengan los ojos bien fascinados para que no nos tomen horror». Exacto juicio. Téngase en cuenta que, por las razones explicadas en este libro, la mujer ve, con frecuencia, al hombre amoroso, en plena «sangre fría». De aquí el horror que adquieren respecto al hombre, de un modo irremediable, algunas mujeres muy inocentes, casadas con maridos indelicados, la noche de sus bodas. Uno de mis casos de homosexualidad femenina, localizaba, con precisión, el origen de su inversión en la luna de miel, borrascosa por estos motivos.

según ha sido ya explicada en capítulos anteriores. A veces, esta virilización anatómica es sumamente discreta, perceptible sólo por algún rasgo aislado de la morfología o de las actitudes; pero siempre evidente para el ojo avezado ¹. En la mayoría de los casos, la propia mujer se encarga de acentuar su virilismo morfológico con el uso de una indumentaria *ad hoc*.

En este segundo grupo de la homosexualidad femenina puede hacerse la misma distinción que en el anterior; en muchas de éstas mujeres, gracias a la acción inhibidora de los factores sociales y religiosos, la propensión torcida se limita a formas de cálida amistad con otras mujeres; con tendencia a la forma de «protección», generalmente desarrollada dentro de los límites de la mayor corrección social ². Otras veces, la amistad tiene, libre de estas inhibiciones, su complemento en una relación sexual netamente lésbica.

Pero, sean cualesquiera su modalidad y su grado, hay un rasgo esencial en la homosexualidad de la mujer, que es la extremada debilidad o la ausencia del instinto materno. La mujer que es madre, o que posee el instinto de serlo ³, está casi, con absoluta seguridad, al

¹ Singularmente los individuos de la misma tendencia sexual poseen una exquisita percepción, instintiva, de estos rasgos, que permanecen ocultos para los seres de sexualidad normal. Esto les permite descubrir entre la multitud, casi siempre sin equivocarse, a sus compañeros de instinto; lo cual facilita mucho su comercio amoroso, que no está exento de tropiezos peligrosos con policías, chantagistas y sujetos normales que pueden repeler violentamente el intento de seducción. Como ejemplo de este instinto orientador de los homosexuales, recuerdo que un gran pintor español me mostraba una vez el retrato, hecho por él, de una mujer homosexual. Fuera de un cierto vago aire extraño, que el admirable lienzo reproducía muy bien, ningún detalle concreto de acento equívoco se descubría en la figura de la retratada, cuya indumentaria no recordaba en nada, tampoco, a la del hombre. Y, sin embargo, según su autor, cuando exponía el cuadro — y lo había hecho en varias capitales de Europa — había siempre delante de él un público de catadura especial, formado por mujeres, en las que, en muchas ocasiones, se descubría claramente o se adivinaba el cariz homosexual.

² BLOCH (1) recuerda, a este respecto, la perfecta descripción que de este tipo de formas sofocadas de la homosexualidad femenina hace CATULLE MENDES en su cuento *Les protectrices*.

³ Siempre es más importante el instinto que la aptitud. Una de las homosexuales más típicas de mi experiencia era madre de tres hijos; pero estaba desprovista por completo del instinto maternal; que, en cambio, existe, como un fuego renovado en todos los momentos, en muchas mujeres a las que la soltería

margen de los trastornos cualitativos de la libido. En ella, como en el hombre, la mecánica sexual se desarrolla siempre, realizando el ideal normal y elevado de la vida de los sexos, que es la perpetuación de la especie.

Hemos dado extensión considerable al tema de la homosexualidad, porque en él culmina la máxima importancia social del problema de la intersexualidad humana. Y porque esta visión del mismo abre ancho campo a la posibilidad de una acción pedagógica, de indudable eficacia sobre este sector de las perturbaciones del sexo.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) BLOCH: *La vida sexual contemporánea*. Edición española, Madrid, 1926.
- (2) MONTEIRO: *Rass. de Studi Sessuali*. 1928, 6, 161; 1927, 7, 4.
- (3) JIMÉNEZ ASÚA: *Libertad de amar y derecho a morir*. 2 edic. Madrid, 1929.
- (4) Véase una reseña en *Medicina Ibero* (Madrid). 1928, 22, 135.
- (5) RUIZ FUNES: *Endocrinología y Criminalidad*. Madrid, 1929.
- (6) HAVELLOCK ELLIS: *L'inversion sexuelle*. Edición francesa. París, 1921.
- (7) HIRSCHFELD: *Die 'Homosexualität des Mannes und des Weibes*. Berlín, 1913.
- (8) HIRSCHFELD: *Sexualpathologie*. I (1917), II (1918), III (1920).
- (9) STEKEL: *Onania und Homosexualität*. 3 Auf. Berlín, 1923.
- (10) KRAFT-ERBING: *Psychopathologia Sexualis*. 13 Auf. Stuttgart, 1907.
- (11) STEINACH: *Arch. f. Entwickl. Mensch*. 1920, 46, 29.
- (12) BENDA: *Arch. f. Frauenheilk*. 1921, 7, 30.
- (13) HIRSCHFELD: *Arch. f. Frauenheilk*. 1921, 7, 173.
- (14) STERNBERG: *Beiträg. zur pathol. Anat*. 1921, 69, 262.
- (15) STEINACH und LICHTENSTERN: *Münch. m. Woch*. 1918, 6.
- (16) LIPSCHÜTZ: *Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Edición española, Javier Morata. Madrid, 1928.
- (17) BAUER: *Las Secreciones internas*. Edic. Esp., Javier Morata. Madrid, 1929.
- (18) WEIL: *Sexualreform und Sexualwissenschaft*. Stuttgart, 1922.
- (19) F. HARRIS: *Vida y confesiones de Oscar Wilde*. Versión española de BAEZA. Madrid, 1928.
- (20) FLATAU: *Cit. de HAVELLOCK ELLIS* (6).
- (21) BORMANN, BRUNNOW und SAVARY: *Skandin. Arch. f. Physiol*, 1923, 44, 248.
- (22) HIRSCHFELD: *Die Travestiten. Eine Untersuchung über den erotischen Verkleidungstriebe*. Berlín, 1910.

o una enfermedad impidió concebir. Estas son las antípodas de la homosexualidad. Véase un admirable estudio de estas mujeres «de maternidad virginal, de virginidad maternal» en la gran novela de UNAMUNO, *La Tía Tula*.

- (23) FREUD: *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. Wien, 1920.
- (24) W. JAMES: *Principes of Psychology*. Vol. II.
- (25) PAVLOV: *Los Reflejos condicionados*. Edición esp. Javier Morata, Madrid, 1929.
- (26) J. DE LA LUZ LEÓN: *Amiel o la incapacidad de amar*. Madrid, 1927.
- (27) ROUSSEAU: *Les Confessions*.
- (28) SPRANGER: *Psicología de la Edad Juvenil*. Edic. Esp. Madrid, 1929.
- (29) KRAEPELIN: *Lehrbuch de Psychiatrie*. 8 Auf. Leipzig, 1915.
- (30) KRONFELD: *Sexualpsychopathologie*. Leipzig, 1923.
- (31) MICHELS: *Amor y castidad*. Edición española, Barcelona (s. a.).
- (32) ADLER: *Das Probleme des Homosexualität*. 2 Auf. München, 1919.
- (33) MARAÑÓN: *Sagitario* (Buenos Aires), 1927, 12.
- (34) BURTON: *Paris Médical*. 1928, 245.
- (35) RACHILDE: *Pourquoi je ne suis pas féministe*. París, 1928.
- (36) JOEL und FRAENKEL: *Deutch. m. Woch*. 1925, 38.
- (37) MAIER: *Der Kokainismus*. Leipzig, 1926.
- (38) HARTMANN: *Deutch. m. Woch*. 1928, 7.
- (39) COUTTS: *El deseo de matar y el instinto sexual*. Madrid, 1929.
- (40) SACRISTÁN: *Allg. Zeitsch. für Psychiat*. 1926, 84, 380.
- (41) NEUTRA: *Morphinismus und Erotismus*. Leipzig-Wien, 1923.
- (42) HUBER: *Recherches sur les mœurs des fourmis indigenes*. París, 1910.
- (43) SCHULTE-VAERTING: *Zeits. f. Sexualwissens*. 1928, 14, 11.
- (44) STEINACH: *Arch. f. Entwickl. Mensch*. 1920, 46, 29.
- (45) FERENZI: *Intern. Zeitsch. f. Psychiat. u. Psychoanal*. 1914, 2.
- (46) FERENZI: *Versuch einer Genitaltheorie*. Leipzig, 1924.